

HOMENAJE DE LOS REPRESENTANTES DEL PUEBLO DE CHILE AL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ

Patricio Aylwin A.

Michelle Bachelet J.

Eugenio Bauer J.

Sergio Bitar Ch.

Maximiano Errázuriz E.

Carmen Frei R-T.

Eduardo Frei R-T.

Juan Hamilton D.

Ricardo Lagos E.

Hernán Larraín F.

Juan C. Latorre C.

Ricardo Núñez M.

Iván Paredes F.

Ignacio Pérez W.

Carolina Tohá M.

Esteban Valenzuela V-T.

Andrés Zaldívar L.

Enrique Zurita C.

Presentación

Reinaldo Sapag Chain



EDICIONES COPYGRAPH

107525

**Homenaje de los Representantes del
Pueblo de Chile al Cardenal Silva Henríquez**

Primera edición

Con las debidas licencias

Registro de Propiedad Intelectual N° 182.901

I.S.B.N.: 978-956-7119-7

Ediciones Copygraph Ltda.

Rafael Cañas 270, Providencia

Fono: 482 0200

Correo electrónico: editorialcopygraph@gmail.com

Santiago, Chile

Diseño de portada: Claudio Sapag Puelma

Impresor: Alfabetas Artes Gráficas

Fono: 364 9242

Carmen 1985

Se terminó de imprimir en agosto de 2009

ÍNDICE

Presentación: por Reinaldo Sapag Chain.....	7
Intervención del señor Patricio Aylwin Azócar.....	9
Intervención de la señora Michelle Bachelet Jeria	13
Intervención del señor Eugenio Bauer Jouanne (UDI)	19
Intervención del señor Sergio Bitar Chacra (PPD)	23
Intervención del señor Maximiano Errázuriz Eguiguren (RN)	27
Intervención de la señora Carmen Frei Ruiz-Tagle (PDC)	31
Intervención del señor Eduardo Frei Ruiz-Tagle	35
Intervención del señor Juan Hamilton Depassier (PDC)	41
Intervención del señor Ricardo Lagos Escobar	45
Intervención del señor Hernán Larraín Fernández (UDI)	49
Intervención del señor Juan Carlos Latorre Carmona (PDC)	53
Intervención del señor Ricardo Núñez Muñoz (PS)	59
Intervención del señor Iván Paredes Fierro (PS)	63
Intervención del señor Ignacio Pérez Walker (RN)	67
Intervención de la señora Carolina Tohá Morales (PPD)	71

Intervención del señor Esteban Valenzuela Van Treeck
(Independiente) 77

Intervención del señor Andrés Zaldívar Larraín (PDC) 81

Intervención del señor Enrique Zurita Camps 85

Presentación

por Reinaldo Sapag Chain

El cardenal Silva Henríquez en su homilía con motivo del funeral del recordado presidente Eduardo Frei Montalva, expresó:

“La Iglesia no desprecia la actividad política; por el contrario, la valoriza y la tiene en alta estima y exhorta a sus hijos a evangelizar la totalidad de la existencia humana, incluso la dimensión política”. Más adelante don Raúl expresaba: “El político debe entender la autoridad como un servicio para el bien común, debe aceptarla como cruz y sufrimiento, y no como meta e instrumento de interés personal. Debe sentir angustia ante las limitaciones de recursos y planes para ayudar a todos los ciudadanos, para llevar adelante una auténtica justicia social, para salvaguardar la democracia y la libertad, sin caer en la arbitrariedad y el relativismo moral”.

La política es y será el instrumento social más importante en la construcción de un mundo mejor, más solidario, más humano, más desarrollado, más justo y más respetuoso del medio ambiente. El desprestigio de la política y los políticos surge precisamente cuando los grandes valores que ella representa son transgredidos por ellos mismos, creando en la sociedad un ambiente de desconfianza y desprecio por esos actos abusivos que realizan algunos y que arrastran al resto.

Este libro de homenaje del mundo político al Cardenal del Pueblo, nos demuestra que Chile dispone de hombres y mujeres que se entregan de cuerpo y alma al servicio del bien común y que unánimemente, cualquiera que sea su opción política, son capaces de reconocer la consistencia del mensaje y la acción de un pastor excepcional de la Iglesia chilena, a pesar de sus legítimas diferencias.

La tarea de los políticos es una tarea definitivamente insustituible, la cual debe desarrollarse, como nos decía don Raúl, como cruz y sufrimiento en la construcción de un Chile mejor. Los testimonios que aquí se entregan en honor a don Raúl, es una demostración palpable que ello puede ser posible.

REINALDO SAPAG CHAIN

Intervención del ex Presidente de la República don Patricio Aylwin Azócar

ACTO DE PRESENTACIÓN MEMORIAS DEL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ

Santiago, lunes 9 de abril 2007

Es para mí un honor participar en este acto de homenaje a nuestro querido cardenal Raúl Silva Henríquez, al conmemorarse el octavo aniversario de su fallecimiento.

Hombre de profunda fe cristiana, servidor abnegado de su Iglesia, “Don Raúl” –como le decíamos sus muchos amigos– fue, sin lugar a duda, una de las personalidades más vigorosas de nuestra historia patria en el siglo que recién acaba de concluir. Supo conciliar en su persona atributos que rara vez se juntan en un ser humano: la sencillez y franqueza del hombre de campo con la fuerza de sus convicciones, la prudencia del hombre práctico con la visión y el coraje del idealista. Su palabra, siempre franca, clara y certera, no solo reflejaba su profunda convicción en lo que decía, sino que también solía adquirir caracteres de visión profética.

Uno no sabía qué admirar más en este Príncipe de la Iglesia: si su sencillez humana o su sabiduría, firmeza y dignidad en el ejercicio de su autoridad episcopal.

Al oírle narrar por qué eligió a la Congregación Salesiana para realizar su vocación religiosa y cómo estuvo a punto de verla frustrada por su dificultad física para arrodillarse, se reconocía su sencillez y humildad de siervo de Dios.

Al escucharle, en días tristes de la historia patria, su lección magistral sobre “el alma de Chile” que describía cómo “el amor a la libertad y el rechazo a toda forma de opresión, la primacía de la fe sobre cualquier forma de idolatría, la tolerancia a las opiniones divergentes y la tendencia a no extremar los

conflictos, sino procurar resolverlos mediante relaciones consensuales”; no se podía sino admirar su sabiduría, coraje y patriotismo.

Al recibir su socarrona invitación a saborear una “agüita de cebada” que le gustaba compartir con sus amigos, uno apreciaba al ser humano sencillo y fraterno, enamorado de la vida.

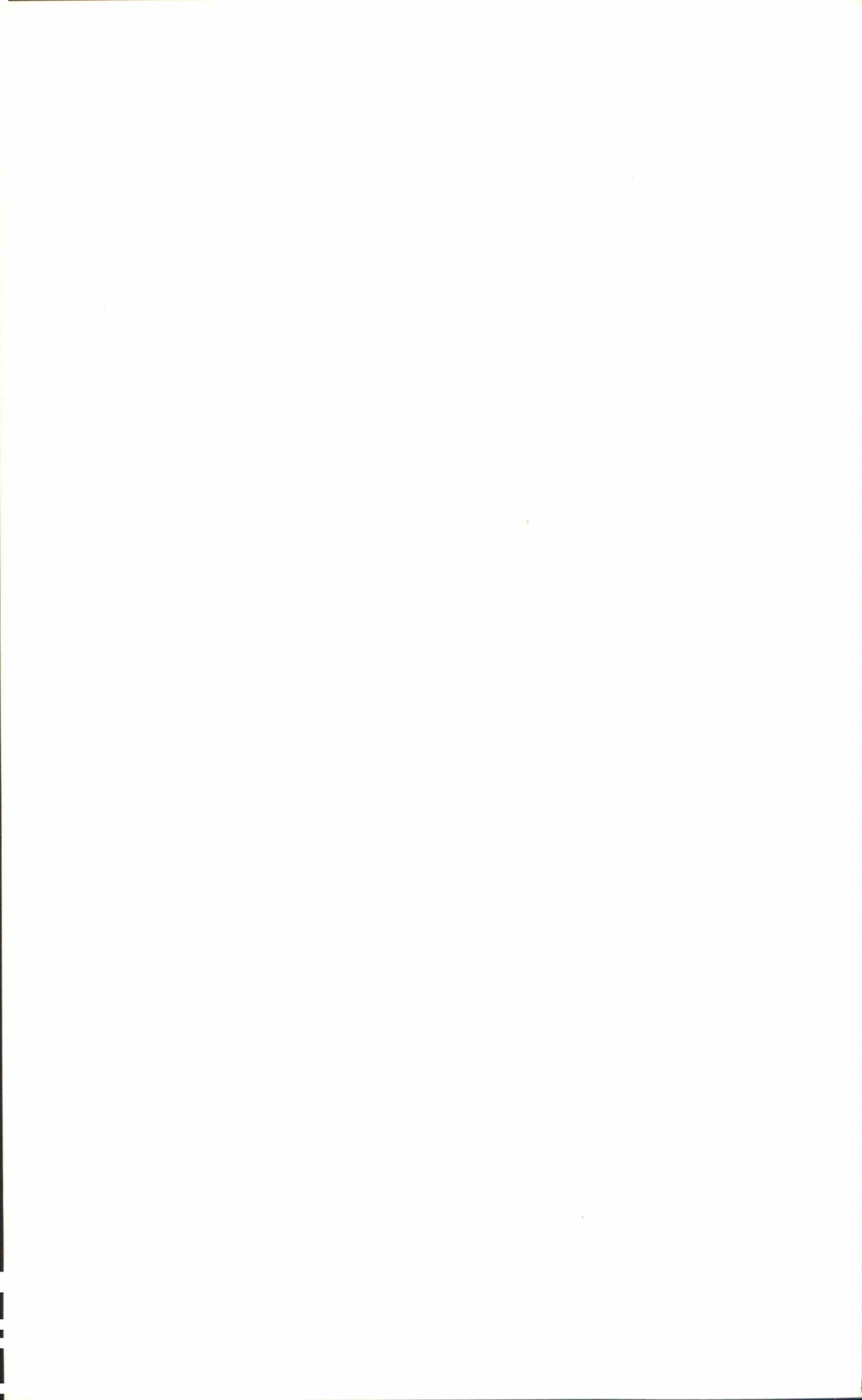
Y al oír tronar su voz cuando despidió en la Catedral a su amigo Eduardo Frei Montalva, repitiendo las palabras evangélicas: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino... porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber”, etc., quienes lo escuchábamos sentimos en sus labios la voz de la justicia.

Don Raúl puso todos estos atributos de su personalidad al servicio de la Iglesia y de Chile. Y siendo cardenal, en el momento en que la crisis política y económica del país se hizo más aguda, tomó la iniciativa de llamar a la búsqueda de un entendimiento. El 16 de julio de 1973, el Comité Permanente del Episcopado emitió un documento titulado “La paz de Chile tiene un precio”, en que llamaba a los grupos sociales y políticos a dar “los pasos necesarios para crear las condiciones para un diálogo que haga posible un entendimiento”.

Diez días antes, hablando en el Senado en mi calidad de entonces presidente del Partido Demócrata Cristiano, principal fuerza de la oposición en ese tiempo, había reiterado formalmente “nuestra disposición al diálogo racional y democrático”, haciendo ver que “no hay diálogo posible bajo amenaza o intimidación”. Ante el llamado del cardenal, pocos días después, y sobreponiéndome a la profunda desconfianza que prevalecía entre mis camaradas al respecto, acepté la invitación al diálogo que nos hizo el presidente Allende y el 30 de julio concurrí a La Moneda junto con Osvaldo Olgún, vicepresidente entonces de nuestro partido, a reunirnos con el presidente Allende y algunos de sus ministros. Aunque en las dos reuniones que tuvimos ese día no llegamos a acuerdo y el diálogo se interrumpió, invitado nuevamente por el cardenal Silva Henríquez volví a reunirme con el presidente Allende en casa del cardenal en una cena que nunca olvidaré. Fue un encuentro mutuamente respetuoso, dramático pero cordial, que se prolongó hasta

avanzadas horas de la noche, que don Raúl relata en sus memorias. Lamentablemente, no logró las soluciones que él, yo –y creo que también Salvador Allende– esperábamos. Todos sabemos lo que vino después.

Una vez más don Raúl había procurado servir a Chile en fiel cumplimiento de su lema episcopal: “La Caridad de Cristo nos Urge”.



Intervención de la Presidenta de la República, señora Michelle Bachelet Jeria

ACTO DE PRESENTACIÓN MEMORIAS DEL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ

Santiago, lunes 9 de abril 2007

Es para mí un honor estar en esta actividad en que se recuerda y se rinde homenaje a este gran compatriota preclaro y digno como lo fue el cardenal Silva Henríquez.

Y esta es una ocasión excepcional para ese hombre excepcional, el que nos reúne en torno al octavo aniversario de su partida y en el año del centenario de su natalicio.

La profundidad de su pensamiento, la sensibilidad de sus palabras y la consecuencia de su obra, hacen posible que estemos hoy aquí tantas y tantos junto a destacadas personalidades de la Iglesia Católica que durante muchos años fue guiada por el cardenal Silva Henríquez.

La verdad es que, y aquí ya ha sido dicho, no es habitual que coincidamos en un acto todos quienes han ejercido y quien actualmente ejerce el mando de la República para evocar y rendir un tributo de gratitud de la vida de una persona, y además con una gran coincidencia en los hechos que se han destacado por quienes me han precedido.

Un líder religioso que desbordó fronteras con la fuerza de sus convicciones y de su mensaje.

Es un hombre que le pertenece a todas las chilenas y chilenos, porque se puso al servicio de todos, y al servicio de la vida, en momentos de gran riesgo que supo afrontar con coraje ineludible.

Estoy segura de que todos los que aquí estamos, y aquí ha sido recordado por todos, efectivamente, recordamos con

nitidez el inconfundible timbre fuerte y vigoroso de su voz. Yo nunca lo olvidaré. Timbre de voz que en las horas más oscuras de Chile se levantó para animar a todos quienes sufríamos. Una voz que era a la vez apasionada y racional, paternal y cercana, rotunda y humana.

El cardenal Silva Henríquez fue un mensajero de esperanza, de justicia y de verdad. Fue una fiel expresión de su doctrina y de su fe. Fue valiente y asertivo para advertir a quienes detentaban el poder, que había límites que nadie debía transgredir.

En abril de 1974, a pocos días de una muerte que me dolió en lo más profundo de mi corazón, la voz del cardenal llegó a miles de hogares a través de Radio Balmaceda, en su homilía de Pascua de Resurrección:

“Hemos dicho que la violencia no genera sino la violencia, y que ese no es el camino de hacer una sociedad más justa y mejor. Hemos dicho a nuestro pueblo, a nuestras autoridades que no se puede faltar a los principios del respeto al hombre, que los derechos humanos son sagrados, que nadie puede violarlos. Les hemos dicho en todos los tonos esta verdad. No se nos ha oído”.

En medio del silencio de tantos que no podían, que no podíamos hablar, y de otros que pudiendo hacerlo callaban, sus palabras transmitieron en esa Pascua, a creyentes y no creyentes, la solidaridad de un hombre justo y valiente, así como la fe de que la vida prevalecía sobre la muerte.

Son tantas las palabras y los actos del cardenal que —como el timbre de su voz— tenemos grabadas en nuestras mentes y en nuestros corazones.

Fue gestor de iniciativas vitales para la defensa y protección de miles de compatriotas, y para la defensa de los derechos humanos en nuestro país. Y nunca sabremos cuántos chilenos y chilenas salvamos nuestras vidas gracias a los esfuerzos que él encabezó desde el Comité Pro Paz y desde la Vicaría de la Solidaridad, y gracias al contrapeso moral que opuso al desenfreno represivo de esos años.

Demostró la importancia y la fuerza del liderazgo espiritual, el poder de su mensaje y su autoridad moral. Fue el

hombre justo en el momento preciso. Y Chile no terminará nunca de agradecerle.

Soy una convencida de que la historia no la hacen solo algunos grandes hombres, y que los progresos de un país o de cualquier comunidad son el fruto de grandes y pequeños esfuerzos de hombres y mujeres conocidos y anónimos.

Pero ante el testimonio de vida del cardenal Raúl Silva Henríquez, soy capaz de reconocer en él a una persona singular y descollante, que puso su impronta en la historia de Chile en el siglo XX.

A él también se aplican sus propias palabras a su amigo Eduardo Frei Montalva en su despedida, cuando señalara que Eduardo Frei Montalva fue un líder, un hombre que señaló rumbos y un hijo preclaro de la Iglesia.

En sus Memorias que relanzamos hoy, encontramos muchas de las claves de su personalidad y de sus convicciones, a lo largo de lo que describe en sus palabras de hombre de fe, como *"el camino que el Señor, con su infinita delicadeza y bondad, quiso que yo recorriera junto a los hombres de mi tiempo"*.

A través de sus páginas adquiere forma el hombre de Dios y de su época. Conocemos al humanista cristiano, democrático y social.

Encontramos un hombre multifacético y coherente. A un ser humano profundo, delicado, franco, culto y decidido.

Compartimos sus sentimientos, sus razones y convicciones más profundas, enraizadas en estrechos lazos familiares, en fuertes afectos y amistades, así como en el amor a su tierra y a su pueblo.

Recordamos, y aquí se ha hecho, su compromiso con los campesinos que lo convirtió en pionero de la Reforma Agraria. Y apreciamos su apoyo a la organización y a los derechos de los trabajadores.

Hombre de diálogo y de paz, no temió a la incomprensión ni a las amenazas para defender la dignidad de las personas y sus derechos, que consideraba sagrados e inviolables.

Amó a su Iglesia y vivió para servir a quien más lo necesitase, sin importar su origen o su credo.

Por eso el cardenal Silva Henríquez, a su partida, dejó una Iglesia respetada, querida y creíble. Una Iglesia que se hizo más nuestra para todos los chilenos y chilenas, compartiéramos o no su fe. Una Iglesia más reconocida y más reconocible.

El cardenal Silva Henríquez fue un hombre que interpretó los signos de los tiempos, como enseñara el Concilio Vaticano Segundo.

Pensaba que los dolores y las alegrías de la humanidad debían ser los de la Iglesia.

Hizo suya una visión de la caridad que, superaba el puro asistencialismo, exige el compromiso cristiano con la justicia social.

Ese camino, que ya había sido abierto en Chile por hombres como el padre Alberto Hurtado, se expresaría, como aquí se ha recordado, en el lema escogido por el cardenal Silva Henríquez: "La caridad de Cristo nos urge", y posteriormente en el llamado del papa Juan Pablo II durante su visita a Chile: "los pobres no pueden esperar".

Su labor fue múltiple. Podríamos decir que nada de lo humano le fue ajeno. Abarcó la educación, en los Salesianos, en la Pontificia Universidad Católica de Chile, en la Academia de Humanismo Cristiano, en el Blas Cañas -hoy Universidad Católica Silva Henríquez-.

Se ocupó de la vivienda, fundó hospitales como Indisa y bancos como el del Desarrollo.

Cómo olvidar su permanente preocupación por los niños y las obras que nos lega. Siguiendo a su Maestro, deja que los niños se acerquen a él y nos regala una de las postales más hermosas del Chile del siglo XX, donde vemos al cardenal rodeado de niños en la Aldea que fundó en Punta de Tralca, contento, con su poncho y su boina, en medio de decenas de pequeños ojos que le muestran cariño, admiración y alegría.

Silva Henríquez, además, con su acción y su palabra centrada en la dignidad de las personas y en los derechos humanos, contribuyó decisivamente al reencuentro de los demócratas, al reencuentro de los humanismos cristiano y laico, lo que haría posible la recuperación de la libertad y la democracia.

Siempre he pensado que ese reencuentro de quienes tanto habíamos divergido ideológicamente, en la común adhesión a esos derechos universales, comenzó a manifestarse en Chile durante el año 78, en torno a reflexiones y actividades que el Arzobispado de Santiago organizó, para lo que el cardenal bautizaría como el “Año de los Derechos Humanos”.

Fue a partir de entonces que los derechos humanos, como aquí también se ha señalado, se fueron transformando en un marco doctrinario dialogado y compartido, en fundamento y finalidad ética de la acción política para todas las personas que participamos en la lucha por la democratización.

Sobre esta universalidad de los derechos humanos fue posible también generar un espacio de convergencia entre distintos sujetos sociales y políticos, entre organizaciones e instituciones que tenían diversas visiones del ser humano, de la sociedad y de la política.

El compromiso con los derechos humanos que nos predicara con su palabra y su ejemplo el cardenal Silva Henríquez, nos condujo a ser coherentes en la acción por la realización progresiva del conjunto de estos derechos, con procedimientos que se derivan también de ese marco ético compartido.

Ello se ha traducido, además, en la necesidad de desarrollar reformas en los terrenos sociales y económicos en un sentido de mayor justicia social y haciendo realidad la opción preferencial por los pobres, a través de métodos estrictamente democráticos y con la adhesión de las mayorías ciudadanas para realizar estas transformaciones.

Y en nuestras tareas cotidianas, nos guía la voluntad de ir construyendo un Chile en que cada vez más se vaya haciendo realidad su legado.

Y si el cardenal nos hablaba de la importancia de la unidad y el diálogo, nosotros compartimos eso, y creemos que para el diálogo es necesario que estén todos presentes.

Y cuando hablamos de igualdad de oportunidades, pensamos que necesitamos pasar de una educación en que todos tengan acceso, a una educación para todos de calidad.

El cardenal nos dijo:

“Hay que rescatar la supremacía del hombre, la inviolabilidad de toda persona humana, la intangibilidad de sus derechos: su derecho a la tierra y a la vivienda, su derecho a la educación y a la salud, su derecho al trabajo y al descanso, su derecho a sindicarse y agremiarse, su derecho a expresarse e informarse, su derecho a participar responsablemente en las decisiones ciudadanas, su derecho a elegir en conciencia su camino y su fe”.

Profunda es la huella que deja Raúl Silva Henríquez entre nosotros. Un hombre bueno, un hombre justo, querido por todos los chilenos, acogido y admirado en todas partes del mundo.

Nuestro corazón sigue sintiendo, como él dijera, “una profunda rebeldía ante la mentira, la violencia, la injusticia, la prepotencia y la falta de respeto de los derechos humanos”.

Como ven, el cardenal fue un líder que señaló rumbos, tan válidos hoy como ayer.

Hay hombres que pasan y sin embargo se quedan en nosotros. Son aquellos que un día nos entregan palabras y gestos que nos quedan grabados para toda la vida. Personas a las que el pasado no las logra contener, que no son un recuerdo, sino que son una compañía. De este temple es el cardenal Silva Henríquez.

Y por eso este homenaje, es el homenaje de su patria, y es también nuestro compromiso de seguir escuchando su mensaje.

En su funeral, la gente sencilla salió masivamente a la calle y decía y recordaba: “Raúl, amigo, el pueblo está contigo”.

Yo quiero decir acá: “cardenal Silva Henríquez, su mensaje sigue vigente, sigue estando entre nosotros y no descansaremos hasta hacerlo realidad”.

Intervención del diputado señor Eugenio Bauer Jouanne (UDI)

Distrito 33, VI Región del Libertador Bernardo O'Higgins

SESIÓN DE HOMENAJE AL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍ- QUEZ EN EL CENTENARIO DE SU NATALICIO.

Cámara de Diputados, miércoles 20 de junio 2007.

La bancada de parlamentarios de la Unión Demócrata Independiente me designó para rendir homenaje en memoria del cardenal Raúl Silva Henríquez.

“Me preguntan por el país que sueño o que deseo, y debo decir que mi deseo es que en Chile el hombre y la mujer sean respetados. El ser humano es lo más hermoso que Dios ha hecho. El ser humano es ‘imagen y semejanza’ de la belleza y de la bondad de Dios. Quiero que en mi patria el ser humano, desde que es concebido en el vientre de una mujer hasta que llega a la ancianidad, sea respetado y valorado. De cualquier condición social, de cualquier pensamiento político, de cualquier credo religioso, todos merecen nuestro respeto”.

Ese es el pensamiento que, en mi concepto, refleja de la mejor manera lo que el cardenal Raúl Silva Henríquez quería para la sociedad chilena.

Don Raúl anhelaba un país de hermanos, con respeto a la dignidad del hombre y de la mujer, con respeto irrestricto a la criatura en el vientre materno, con respeto irrestricto a los jóvenes, con respeto irrestricto a los ancianos, con respeto irrestricto a los trabajadores.

Don Raúl nos llamó a ser tolerantes entre las distintas visiones políticas y entre los distintos credos religiosos. Sin duda, anhelaba una sociedad más justa y más solidaria entre nosotros. El cardenal Silva Henríquez amó, sobre todas las cosas, a los chilenos. Describía al pueblo de Chile como noble y generoso y, sobre todo, muy leal.

Al mundo político y a los servidores públicos les pedía que sirvieran al país, pero con responsabilidad, y que sus ejes fundamentales fueran la justicia y la libertad.

Sin duda, don Raúl fue un hombre relevante para la historia de nuestro país. Defendió sus convicciones con mucha fuerza y tesón. Desafió sin temor al gobierno militar, con el cual tenía fuertes discrepancias respecto del rol que debía jugar la Iglesia durante ese gobierno.

No obstante, su legado trasciende las disputas políticas contingentes. Su legado se plasma en su idea de igualdad en todos los ámbitos del quehacer nacional.

El cardenal Silva Henríquez siempre compartió con los jóvenes su fe y su amor por Jesucristo; fe y amor que trascienden con su partida, ya que su legado fue grande, y no me cabe duda de que ha quedado impregnado en muchos corazones de chilenos.

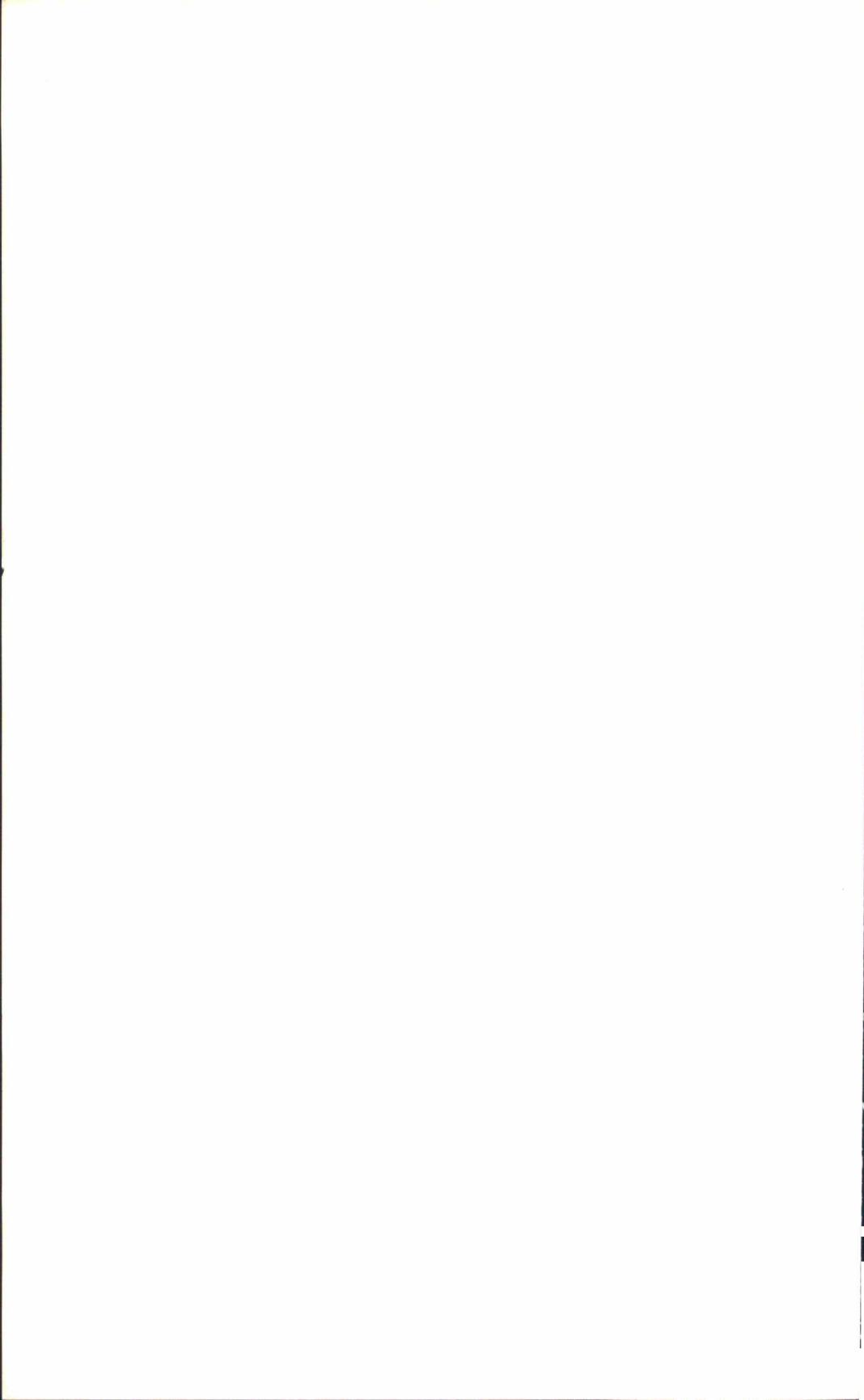
Su vida, su obra y su destino fueron una conjunción de tareas que lo llevaron a forjar una vida llena de espiritualidad, sin dejar nunca de lado la realidad terrenal del pueblo chileno.

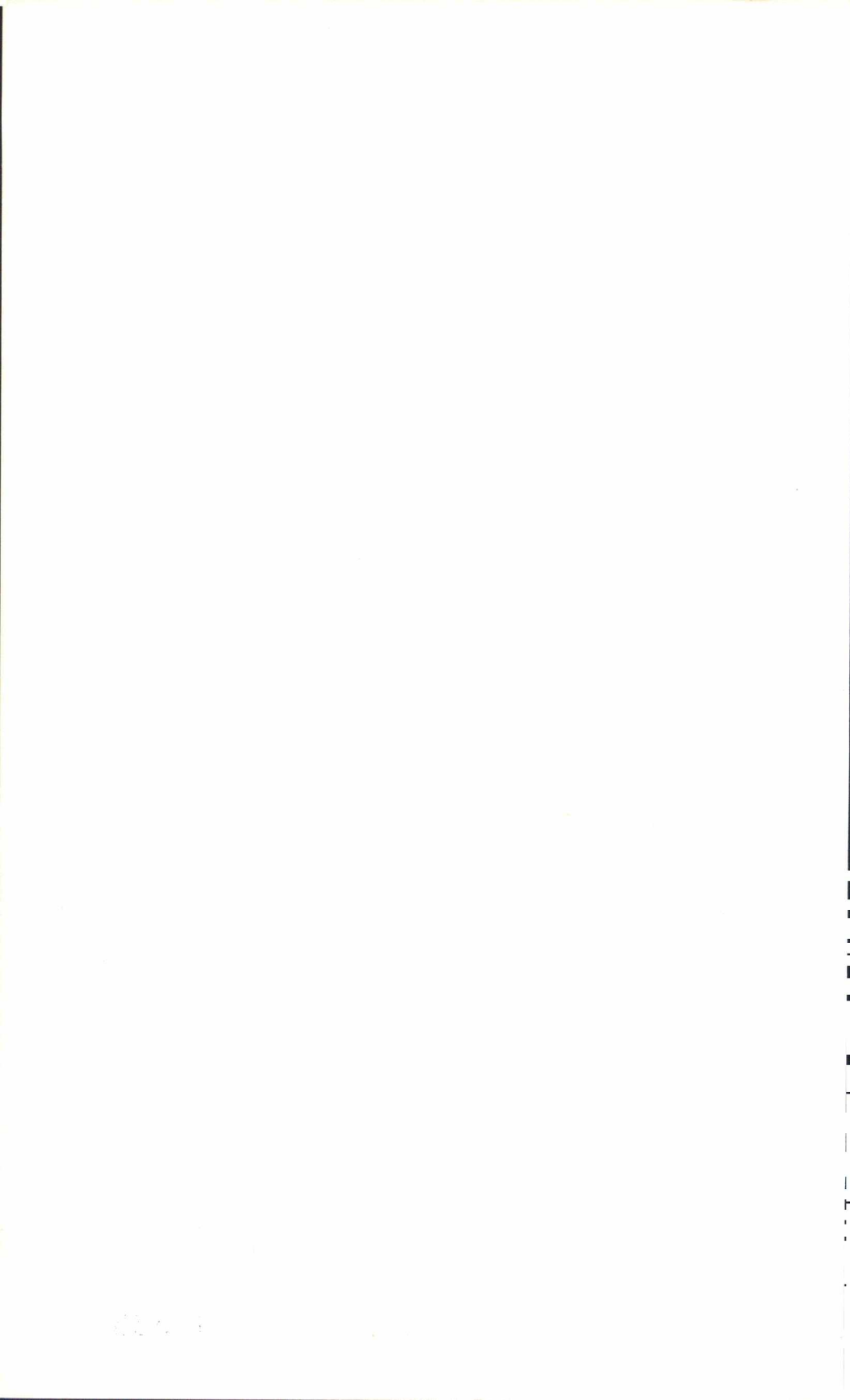
Silva Henríquez destacó no solo por su labor a los pies de la Iglesia Católica, sino como un hombre que supo guiar, enseñar y entregar todo de sí por un país mejor, por un país sin diferencias, por un país de igualdad y de justicia, principalmente para los más desposeídos.

Por esa razón, hoy, en este hemisiciclo, quiero finalizar este homenaje recordando emotivas palabras de nuestro cardenal Raúl Silva Henríquez: "Hijos míos: no rehúyan el llamado del Maestro a caminar con Él. No pregunten por qué ni adónde los llama. Corran con Él la aventura de la fe. Experimentarán que nada hay, fuera de Él, que les entregue esperanza y salvación duraderas. Acérquense al Señor en los sacramentos y escúchenlo en la oración, para que por sobre todas las cosas sean capaces de un amor sin límites. Amen sus propias vidas juveniles donde Dios habita. Amen a los demás jóvenes que abrigan tantas esperanzas en ustedes. Amen a sus padres y familiares y tengan por ellos actitudes de comprensión y de perdón. Amen a la Iglesia y a sus pastores y ayúdenla para que sea fiel al Evangelio. Amen a la humanidad y al mundo y háganse servidores y constructores del reino, pero para poder amar con

la intensidad necesaria, no olviden amar al Señor con todo el corazón, con todas las fuerzas y con toda el alma. Que la Virgen María, madre de los jóvenes, los acompañe. Que ella sea el modelo de todos ustedes”.

He dicho.





Intervención del Sr. Sergio Bitar Chacra (PPD)

Senador por la Primera Circunscripción Senatorial, Tarapacá

ACTO DE HOMENAJE REALIZADO EN MEMORIA DEL CARDE- NAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ, SENADO DE LA REPÚBLICA

Martes 11 de mayo 1999

En nombre del Partido por la Democracia y en el mío propio, saludo con afecto a las hermanas del señor Cardenal, a su familia, a las autoridades de la Iglesia y a los amigos que nos acompañan en las tribunas.

En cierta oportunidad el cardenal Silva Henríquez pronunció una homilía en la cual señaló que el dolor y la muerte pueden ser el más sublime gesto de amor.

Cuando un amigo muere, se le llora, pero no se le pierde. El pueblo de Chile llora a su pastor; así lo gritaban en las calles, en las plazas, en el mercado, en la Catedral. Don Raúl no ha muerto para nuestro pueblo, que sintió su amor incondicional y salió a las calles para demostrar que ese amor era compartido; que había penetrado en el corazón de los chilenos, y que de allí no saldría nunca más.

Nos dijo don Raúl: "Decidámonos de una vez y en serio por la justicia. Descubriremos, sorprendidos, que nunca nuestros derechos estarán mejor garantidos que cuando amamos los derechos de los otros". El cardenal entregó toda su acción pastoral para demostrar que la justicia y el amor no solo deben predicarse en los púlpitos, sino que, principalmente, deben expresarse en la acción en la tierra.

Para él, la Iglesia y la patria representaban dos almas que solo pueden subsistir y fructificar en la medida en que son fieles cada una a su tradición. La patria —señaló don Raúl— "se constituye en el momento en que un grupo de hombres que habitan físicamente un determinado territorio reconocen como

suyo un mismo patrimonio de sangre y cultura, entran en comunión de tarea y destino. La patria no se inventa ni se trasplanta, porque es fundamentalmente alma; alma colectiva de un pueblo, consenso y comunión de espíritus que no se puede violentar ni torcer, ni tampoco crear por voluntad de unos pocos”.

Este mensaje constituye un legado y una enseñanza moral a todos los chilenos. Su voz no cesó de interpelarnos para que fuésemos capaces de vencer el odio fratricida. En 1986, nos dijo: “los chilenos de esta generación hemos tenido el privilegio de sufrir, de llorar las lágrimas amargas y beber el cáliz de la incompreensión y del odio. Conocemos el dolor. Durante un tiempo demasiado largo hemos visto derrumbarse nuestras seguridades y orgullos, agitarse los cimientos de todo aquello que nos parecía grande y fuerte; hemos temido que Chile dejara de ser Chile, que nos tornáramos irreconocibles a nuestros propios ojos, que la patria perdiera su rostro y su alma”.

¿Cuántas incompreensiones tuvo que sufrir cuando, con voluntad inquebrantable, no solo denunció la sistemática violación de los derechos humanos ocurrida durante tanto tiempo en nuestra patria, sino que, además, creó instituciones que, bajo el alero de la Iglesia, mitigaron tantos dolores y evitaron muchísimos más? Quienes entonces sufríamos persecuciones y angustias recibimos, por su decidida acción, esperanzas de días mejores para nuestro pueblo. Muchos chilenos hoy viven gracias a él; otros han superado su dolor, transformándolo en fuerza positiva, también gracias a él.

Señores senadores, la fructífera acción del cardenal no puede circunscribirse a su ineludible defensa de los derechos humanos o a su acción pastoral en favor de los más desprotegidos de nuestra patria. monseñor Silva Henríquez era poseedor de una inteligencia fulgurante, que podía percibirse claramente por su rapidez para comprender los problemas de su tiempo y que emergía con brillantez inusitada en los más grandes y exigentes auditorios. Su enorme capacidad intelectual le permitió jugar un papel decisivo en el Concilio Vaticano II. Su voz fue escuchada y sus planteamientos ayudaron a que se produjera un giro importante para que la Iglesia fuese más cercana al hombre en la tierra.

Él mismo resumiría su acción en dicho cónclave, que finalizara en diciembre de 1965, señalando que “la religión del Dios que se hizo Hombre se encontró con la religión del hombre que se hace Dios”. Y agregaba: “la simpatía inmensa que lo cubrió todo, y que nos llevó a explorar los problemas humanos desde su dimensión escatológica hasta su aspecto más concreto, dio lugar a un nuevo humanismo... con el Concilio, la Iglesia se proclamaba servidora de la humanidad”.

Por eso, don Raúl transformó en acción y vida los acuerdos adoptados en el Concilio Vaticano II. Acercó definitivamente la Iglesia al pueblo de Chile, transformándola en su servidora. Una gran mayoría de chilenos –más allá de los católicos– sintieron su potente convocatoria moral, su humanidad y su humildad. Sus frutos germinaron en la Aldea de Niños de Punta de Tralca; en Caritas Chile; en la Reforma Agraria de la Iglesia; en la educación de la juventud chilena; en el apoyo a las organizaciones de trabajadores y, en especial, de campesinos; en la promoción y creación de cooperativas de vivienda; en la Vicaría de la Pastoral Obrera; en la gran Vicaría de la Solidaridad; en el apoyo a los medios de difusión y su permanente preocupación por la libertad de expresión; en el impulso a la actividad científica; en el desarrollo de organizaciones culturales y académicas libres; en fin, en tantas otras acciones emprendidas con voluntad férrea.

Dijo don Raúl: “Hay que rescatar la supremacía del hombre, la inviolabilidad de toda persona humana, la intangibilidad de todos sus derechos: su derecho a la tierra y a la vivienda, su derecho a la educación y a la salud, su derecho al trabajo y al descanso, su derecho a sindicarse y agremiarse, su derecho a expresarse e informarse, su derecho a participar responsablemente en las decisiones ciudadanas, su derecho a elegir en conciencia su camino y su fe”.

Señores senadores, don Raúl Silva Henríquez representó la continuidad histórica de Chile en momentos de grandes rupturas y violencia.

“Hay algo en nuestra alma –nos expresó– en nuestro inconsciente colectivo que nos urge a rechazar, como extraño al cuerpo social, todo aquello que signifique subyugar la persona o la nación a poderes extraños a ella misma”. Y agregó: “expres-

sémoslo en forma positiva: en el alma de Chile se da, como componente esencial, el aprecio y costumbre de la libertad, individual y nacional, como el bien supremo; superior, incluso, al de la vida misma”.

Ciertamente, don Raúl representó esa continuidad histórica de la patria con un mensaje coherente. El alma de Chile, nos dijo, “se nutre de una tradición en que el gobernante se define a sí mismo como servidor, nunca dominador; limitado por el marco de una ley a la que él mismo está, el primero, sometido, y confrontando el juicio de un pueblo que le exige ser oído y respetado y se reserva el derecho de juzgar permanentemente la calidad moral de su gestión”.

Chile entero da las gracias a Dios por haber podido disponer, en momentos tan dramáticos ocurridos en nuestra patria, de la palabra, la acción y el amor incondicional a su pueblo del cardenal Raúl Silva Henríquez. Esta gratitud no puede ser expresada solo con palabras y homenajes; todos tenemos la obligación moral de extremar nuestros esfuerzos para construir la patria buena y justa a que él nos instó.

Estimados colegas, él ha sido para muchos de nosotros un guía espiritual y un maestro de humanidad. Tuve el privilegio de conocerlo, de acompañarlo, de conversar muchas veces con él, gracias a mi amigo Reinaldo Sapag, presente en estas tribunas.

Quiero terminar con algunas de sus profundas palabras. Dijo: “Mis agradecimientos a ustedes por haberme dado la posibilidad de decirle a esta, mi patria que amo, una palabra muy simple, muy tranquila, muy bienhechora y tan deseada: PAZ”.

Señor presidente, estimados colegas, tengo el convencimiento de que don Raúl Silva Henríquez ha sido el líder espiritual más importante de este siglo en nuestra patria.

Muchas gracias.

Intervención del diputado Sr. Maximiano Errázuriz Eguiguren (RN)

Distrito 29, Región Metropolitana

SESIÓN DE HOMENAJE AL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ EN EL CENTENARIO DE SU NATALICIO.

Cámara de Diputados, miércoles 20 de junio 2007.

En nombre de Renovación Nacional rindo homenaje en memoria de quien fuera cardenal y arzobispo de Santiago, monseñor Raúl Silva Henríquez, fallecido el 9 de abril de 1999.

Si bien no tuve la oportunidad de conocerlo mucho personalmente, sí lo hice a través de sus obras y de terceras personas.

En cuanto a sus obras, don Raúl fue salesiano, aunque quiso ser jesuita. Siendo alumno de la carrera de derecho de la Universidad Católica, al despertarse su vocación sacerdotal, quiso hablar con un jesuita, pero este le dijo que volviera otro día, por lo que prefirió tomar contacto con los salesianos.

En su formación, ejerció una enorme influencia el padre Valentín Panzarasa Negri, sacerdote italiano que llegó a Chile en 1910, y que fue director del Seminario Salesiano de Macul y del colegio Patrocinio de San José. Además, fue profesor de moral en la Universidad Católica de Chile, y en 1936 fue nombrado director del Seminario Mayor Salesiano de La Cisterna. Sobre su persona, monseñor Silva Henríquez dijo: "Le debo al padre Panzarasa mis primeros contactos profundos con los problemas sociales".

Entre los alumnos del padre Panzarasa podemos nombrar a Eduardo Frei Montalva y a Bernardo Leighton, sobre los que influyó con la misma fuerza que en el futuro cardenal arzobispo de Santiago.

También, ejercieron sobre él una influencia muy fuerte el padre Fernando Vives y don Abdón Cifuentes.

El papa Juan XXIII nombró a don Raúl obispo de Valparaíso, en 1959, y dos años más tarde, en 1961, arzobispo de Santiago.

Realizó una reforma agraria en tierras que pertenecían a la Iglesia Católica y las entregó en propiedad a los campesinos. Luego, fue el gran impulsor de la reforma agraria en nuestro país, la que se inició en forma muy débil durante el gobierno del presidente Jorge Alessandri, presionado –según me lo dijo una vez– por John Kennedy, presidente de Estados Unidos, y por la Alianza para el Progreso.

La reforma agraria continuó durante el gobierno del presidente Eduardo Frei Montalva y se acentuó en el gobierno del presidente Allende.

Hace un momento dije que conocí a don Raúl a través de terceros. En efecto, no puedo olvidar el 11 de agosto de 1967, cuando la casa central de la Universidad Católica fue tomada por los estudiantes de la federación de esa casa de estudios, encabezada por Miguel Ángel Solar, alumno de medicina. Lo recuerdo, porque en esa época con Jaime Guzmán encabezábamos el centro de alumnos de la Escuela de Derecho. También, se tomaron la Escuela de Periodismo, ubicada en calle San Isidro. Los estudiantes pedían la salida del rector, monseñor Alfredo Silva Santiago, y exigían participación en el Consejo Superior de la Universidad Católica. Don Alfredo Silva se negaba a ello, porque consideraba que eso significaba un cogobierno.

Monseñor Silva Henríquez se reunió con los jóvenes que acompañaban a Miguel Ángel Solar y los apoyó en sus reivindicaciones estudiantiles.

Finalmente, dejó el cargo de rector don Alfredo Silva, quien fue sustituido por Fernando Castillo Velasco, y los estudiantes lograron la ansiada participación con derecho a voz y a voto en el Consejo Superior de la Universidad Católica.

A consecuencia de la salida de don Alfredo Silva y especialmente por la forma en que esta se produjo, renunciaron los profesores de derecho Alejandro Silva Bascuñán y Víctor García, entre otros.

Anteriormente, señalé que el cardenal Silva Henríquez fue obispo de Valparaíso entre 1959 y 1961. ¿Por qué estuvo

tan poco tiempo? Ocurrió que en Santiago falleció monseñor José María Caro, a los noventa y dos años. Para sucederlo se barajaban diversos nombres, como Alfredo Silva Santiago y Manuel Larraín, obispo de Talca, pero sorprendentemente el papa Juan XXIII designó a Raúl Silva Henríquez.

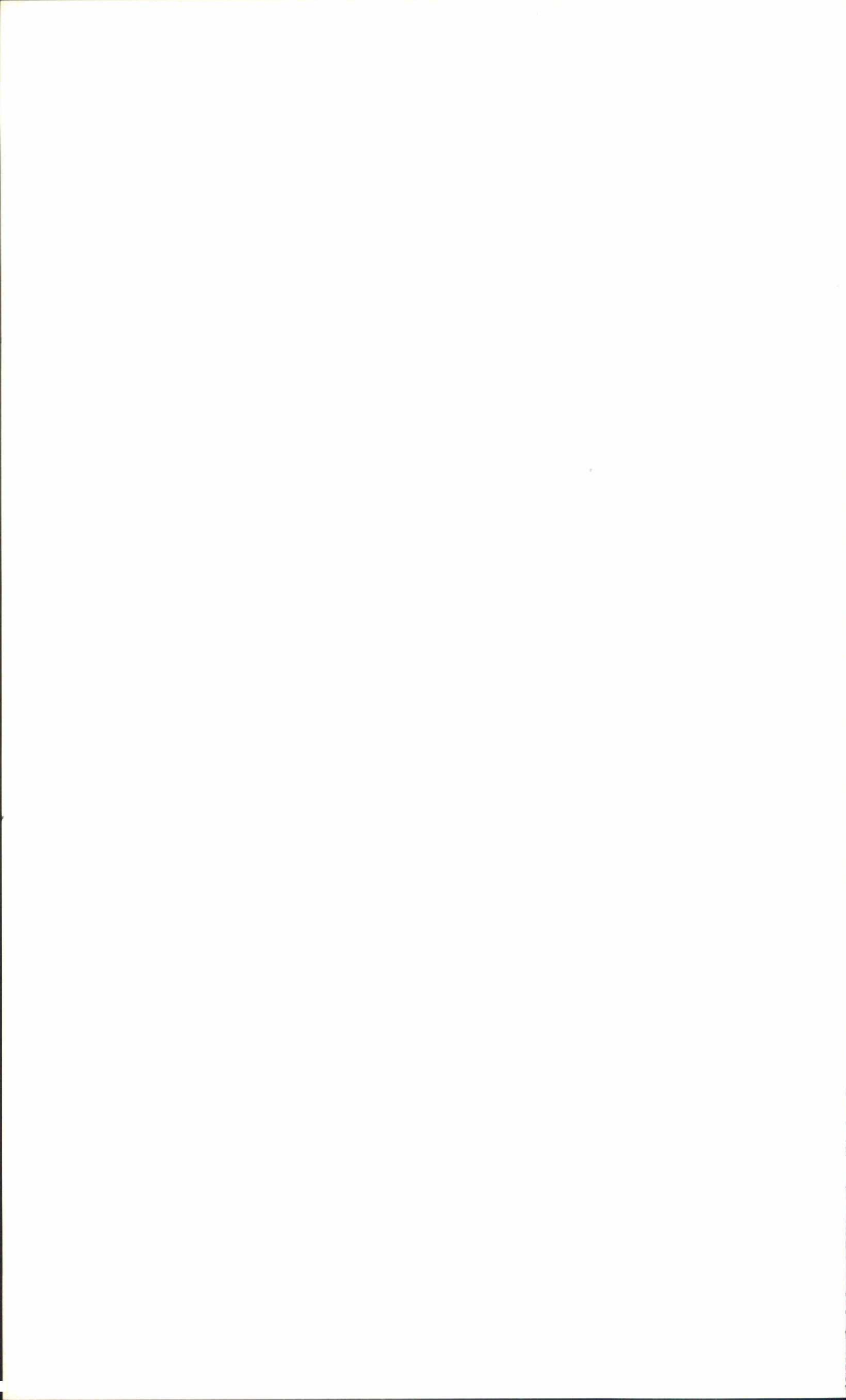
Su apoyo a la toma de la casa central de la Universidad Católica le jugó una mala pasada, pues al año siguiente de ese acontecimiento, un grupo de jóvenes se tomó la Catedral de Santiago, esperando el mismo apoyo que había dado a los estudiantes universitarios. Pero fueron duramente reprimidos por monseñor Silva Henríquez.

Más tarde, durante el gobierno militar, el cardenal validó la ley de amnistía de 1978, pensando que de esa forma podría lograrse el entendimiento entre los chilenos.

Monseñor Silva Henríquez gobernó la Iglesia Católica chilena durante veintidós años, hasta 1983, año en que fue reemplazado por monseñor Juan Francisco Fresno.

Tuve la ocasión de visitarlo horas antes de su fallecimiento. Fue un hombre que murió en paz consigo mismo, el 9 de abril de 1999. En su testamento espiritual señaló: "He buscado a lo largo de mi vida amar entrañablemente a mi Señor... a Él he buscado servir como sacerdote y obispo... mi palabra es una palabra de amor a la Santa Iglesia. Mi palabra es una palabra de amor a Chile. He amado intensamente a mi país. Es un país hermoso en su geografía y en su historia. Hermoso por sus montañas y sus mares, pero mucho más hermoso por su gente. El pueblo chileno es un pueblo muy noble, muy generoso y muy leal".

He dicho.



Intervención de la Sra. Carmen Frei Ruiz-Tagle (PDC)

**Senadora por la Segunda Circunscripción Senatorial,
Antofagasta**

ACTO DE HOMENAJE REALIZADO EN MEMORIA DEL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ EN EL SENADO DE LA REPÚBLICA

Martes 11 de mayo 1999.

En nombre de los senadores de la democracia cristiana y en el mío propio, con profunda emoción, queremos rendir homenaje a quien fuera pastor de la Iglesia de Santiago durante veintidós años, nuestro querido cardenal de los pobres, don Raúl Silva Henríquez.

Como se dijo de otro gran chileno, el padre Hurtado, también podemos decir del cardenal Silva que fue “una visita de Dios a nuestra patria”. Su paso entre nosotros no solo ha dejado una impronta muy merecida en la historia de Chile y de su querida Iglesia: ha dejado también una huella muy honda en nuestras propias vidas personales. El cardenal inspiró nuestros compromisos. Nos señaló caminos. Nos impulsó a servir a los débiles. Nos enseñó a amar el alma de Chile. Nos llamó a desterrar el odio. Nos urgió tantas veces a la reconciliación y a una respetuosa convivencia entre los chilenos. Nos desafió a querer lo que él siempre quiso: una vida mejor para los pobres y nuevas oportunidades para los jóvenes.

El cardenal supo abrir sus ojos al sufrimiento. Y supo responder no solo en el discurso, sino también en la práctica y concretamente, al dolor que contemplaba a su alrededor. Nacieron así innumerables obras que todos conocemos. No se quedó de brazos cruzados. No hizo una declaración para lamentar la miseria en que vivían y viven tantos hermanos nuestros. Él era un hombre de acción. Y supo actuar.

Supo, también, valorar la acción de los políticos. En tiempos en que se desprestigió hasta el cansancio tal actividad, el cardenal supo impulsarnos y aconsejarnos para que este quehacer que, muchas veces, tiene tantos sinsabores e incompreensiones, lo tomáramos con generosidad.

El cardenal Silva logró penetrar en el corazón de la gente, que lo amaba y lo seguía con una pasión inmensa. Aún parece resonar entre nosotros ese grito con que la gente le demostró su cariño: "Raúl, amigo, el pueblo está contigo".

¿Cuál era el secreto de este hombre para conquistar de ese modo el afecto de cientos de miles de chilenos? ¿Por qué era admirado y respetado en los más diversos lugares del mundo? ¿Por qué salieron a la calle o fueron a la Gratitud Nacional o a la Catedral tantos jóvenes que no lo conocieron personalmente o que solo oyeron hablar de él?

Yo creo que hay una palabra que define la personalidad y la vocación del cardenal, y que él plasmó en su lema episcopal: "El amor de Cristo nos apremia". El amor es la fuerza que lo movió y que lo inspiró a lo largo de su vida. El amor era el sentimiento que salía con abundancia de su corazón. Por eso, su hermoso "Testamento Espiritual" lo inicia de esta manera: "Mi palabra es una palabra de Amor". Ese es el misterio de este hombre. El cardenal supo amar; supo amar a Dios —"el buen Dios", como decía—; supo amar a su querida Iglesia; supo amar a Chile entrañablemente, a los pobres, a los campesinos, a los jóvenes, a los laicos, a sus hermanos obispos y a sus sacerdotes.

"El amor de Cristo nos apremia". Y se conmovía hasta las lágrimas ante los niños abandonados. Supo dar espacio a los dirigentes sindicales. Abrió las puertas de la Iglesia a los perseguidos. Repartió alimentos por todo Chile a quienes no les alcanzaba para comer. Y hasta creó un banco para que las familias tuvieran vivienda.

"El amor es servicio, servicio a la vida; y la vida pasa, declina, se extingue", nos recordaba el cardenal. Y agregaba: "El amor es servicio al hombre, y el hombre pasa por la tierra una sola vez. Por eso es que el amor apremia. Un ser humano no puede ser sacrificado a un mañana o a un tal vez. Tampoco, y mucho menos, una generación. Nuestro compromiso, de

amor y justicia, es reconstruir la sociedad chilena sobre bases sólidas y ojalá definitivas. Sí, ¡pero démonos prisa! No podemos permitir que una generación o un sector de nuestro pueblo sienta transcurrir y pasar, en amarga impotencia, su oportunidad única de vivir humanamente”.

Y agregaba más: “La impaciencia del amor cristiano no tolera, por eso, que nuestras energías y talentos se inviertan en otra cosa que en construir. No tenemos tiempo. No tenemos, tampoco, el derecho de seguir mirando hacia atrás solo para reavivar rencores y resucitar agravios. ¡Para aprender lecciones, sí! ¡Pero la gran lección que nos deja el pasado es, precisamente, la de la absoluta inutilidad del odio! ¿Cómo nos juzgará la historia si, teniendo por delante la providencial tarea de satisfacer el hambre y la sed de justicia de un pueblo, lo condenáramos a la frustración por ocuparnos en estériles que-rellas de supremacía?”.

Y concluía: “El amor es el único camino, el único cimientto de la patria que soñamos”. (Homilía pronunciada en el Te Deum del 18 de septiembre de 1975).

Por eso, creemos que no es tarde para recoger las palabras del cardenal Silva Henríquez. Quizás, si no fuimos capaces de escucharlo ayer estando vivo, si no nos dejamos empa-par por su testimonio, si no supimos valorar en esos momentos sus enseñanzas, ahora las podamos acoger y practicar como el mejor y más profundo homenaje del Senado de la República.

Quiero expresar mi adhesión y admiración por este hombre sabio y visionario, al cual tuve el privilegio de sentir siempre cerca, en la casa de mi familia y en mi propia casa, brindándonos el privilegio de su amistad.

Deseo terminar mis palabras leyendo lo que escribió mi padre el lunes 2 de noviembre de 1970, cuyo texto guardó emocionado el cardenal:

“Hoy es el último día que estaré en La Moneda y tal vez esta sea la última carta que escriba en ella. El objetivo es muy simple: darle las gracias por su amistad inalterable, por el afecto que me ha rodeado, por la confianza que ha tenido en mí, por la discreción maravillosa que ha demostrado y, sobre todo, por su permanente lección de hombría, de tranquilidad y valor.

“Usted no podrá imaginar cuánto me ha ayudado saber que usted era el jefe de la Iglesia chilena, porque para mí lo es como cardenal y arzobispo de Santiago. Usted ha sido un gran pastor. Con el tiempo se reconocerá su valor. Su prudencia en un momento tan difícil para Chile nunca será suficientemente apreciada”.

“Antes de abandonar este cargo, reciba usted el sentimiento de mi gratitud y, sobre todo, de mi más profundo afecto.

Firmado: Eduardo Frei Montalva, presidente de la República”.

“Usted ha sido un gran pastor. Con el tiempo se reconocerá su labor”, le escribió mi padre. Y en el Senado de Chile podemos decir también: “cardenal Raúl Silva Henríquez, usted ha sido un gran pastor. Hoy, aquí, reconocemos su labor. Su gran labor”.

He dicho.

Intervención del ex Presidente de la República don Eduardo Frei Ruiz-Tagle

ACTO DE PRESENTACIÓN MEMORIAS DEL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ

Santiago, lunes 9 de abril 2007

Vengo a recordar a un hombre excepcional que marcó el caminar de nuestro país en la segunda mitad del siglo XX. Vengo a recordar a un hombre de Iglesia que predicó y practicó intensamente el Evangelio y que se propuso vivir con singular fidelidad, dedicación y entusiasmo el testimonio de Cristo, poniéndolo al servicio de todos los chilenos, cualquiera fuera su condición.

Sin ninguna duda, el cardenal Raúl Silva Henríquez representa lo mejor de lo nuestro, el más bondadoso y el más sabio. Por eso es que hoy, cuando nos volvemos a encontrar con su palabra profunda y llena de humanidad, no puedo sino evocar su figura y reflexionar sobre su legado de amor, solidaridad y esperanza.

Su carismática personalidad removía conciencias y movilizaba espíritus. Tuve la inmensa fortuna de conocerlo de muy cerca y hasta el día de hoy me conmueve la fuerza de su mensaje y la consecuencia de sus actos.

Fueron sus enseñanzas, que recibí de mi experiencia personal con él, lo que me impulsó a entrar al servicio público para trabajar especialmente por aquellos que constituían su principal preocupación: los sectores más marginados de nuestra sociedad.

UN PASTOR EXCEPCIONAL

“Quiero un país donde reine la solidaridad”, nos decía el cardenal. Este ideal era un llamado a la acción, una invitación

a servir, a ser solidarios. Y es que él vibraba con las inquietudes de los pobres y de los campesinos, entusiasmaba a los jóvenes e inspiraba nuestra jornada diaria.

Se sintió llamado a responder a la realidad del Chile de su tiempo. A través de Caritas puso sus ojos en quienes tenían hambre para darles de comer.

Como salesiano se comprometió fuertemente con la obra educadora de su congregación, construyó escuelas y encabezó la primera campaña de alfabetización que se realizó en Santiago. Fundó el Instituto de la Vivienda para darles una casa digna a quienes no tenían techo. Estuvo con los campesinos para apoyarlos en su aspiración de tener un pedazo de tierra para cultivar. También fijó su mirada en los niños abandonados y creó una aldea donde los rodeó de afecto y ternura. Frente a los abusos que sufrían los obreros y las organizaciones sindicales, su respuesta fue promover una Vicaría para que les brindara asistencia.

En el tiempo de las persecuciones, la tortura y las desapariciones de personas, él estuvo ahí —junto a los oprimidos— para alzar la voz y exigir respeto a los derechos humanos a través del Comité Pro Paz y la Vicaría de la Solidaridad.

Larga y fecunda fue la obra del cardenal Silva Henríquez. Fue la voz de los sin voz, la que se escuchó fuerte e intransigente ante la mentira, la violencia y la injusticia. Estuvo con todos los chilenos y, tal vez por eso, una minoría lo miró con desconfianza y fue objeto de críticas y descalificaciones muchas veces injuriosas que él no merecía.

Lo dije el día de su funeral y lo repito esta mañana: ¡Cuánto dolor y derramamiento de sangre habríamos evitado si hubiésemos acogido su palabra! Pero nunca es tarde. Aún estamos a tiempo de acoger su legado. Aquí están sus Memorias, material imprescindible para ser mejores personas y para tener un mejor país. En estas páginas podremos comprender cabalmente la magnitud de su obra, su amor a Chile, la profundidad de sus convicciones y su entereza para enfrentar las más variadas situaciones, virtudes que le permitieron ganarse la admiración, respeto y gratitud de los chilenos.

Cuando nos preparamos para conmemorar el centenario de su nacimiento y a ocho años de su partida, aún sentimos su

presencia. Todavía escuchamos su llamado a hacer posible la construcción de la obra más bella: la Patria, tarea que se hace diariamente derribando los obstáculos que se interponen en nuestra convivencia, aceptando nuestra diversidad y reconociéndoles a todos los mismos derechos.

El cardenal Silva Henríquez nos desafía permanentemente. Por nuestras divisiones nos enseña a ser generosos; a buscar acuerdos para enfrentar el futuro; a proponer soluciones más que a imponer nuestros puntos de vista; a ser humildes reconociendo nuestras debilidades y desechando los orgullos y prejuicios. En definitiva, a hacer de Chile un "país de hermanos".

Yo quisiera, para concluir, ya que solo se nos ha pedido un breve testimonio, señalar que tuve el privilegio de conocerlo y convivir muchas horas con él. Lo conocí a comienzo de los años 60 cuando él había sido nombrado obispo de Valparaíso y el administrador apostólico de Santiago era don Emilio Tagle.

Aquí en este mismo recinto funcionaba el Instituto de Humanidades Luis Campino siendo yo alumno cuando el cardenal Silva fue nombrado arzobispo de Santiago y don Emilio obispo en Valparaíso.

En esos momentos se decía que el obispo más progresista, el más amigo de los demócratacristianos se lo llevan a Valparaíso y que a cambio se traía a Santiago al obispo de Valparaíso que era más conservador. Así llegó don Raúl a Santiago, y dada su amistad con mi padre, pude conocerlo en mi hogar.

Quisiera relatar dos o tres momentos muy importantes en mi vida. El primero de ellos fue en la Clínica Santa María el año 1982, cuando mi padre recién había muerto en ese lugar. Entonces le cuento de las dificultades que teníamos con el gobierno respecto a cómo se efectuaría el funeral. No nos pusimos de acuerdo con los militares como llevarlo a cabo. Al día siguiente me junté con don Raúl en la sacristía de la catedral y le explico el impasse en que nos encontrábamos con las autoridades militares. El cardenal después de conversar un largo rato me dice: qué te parece que hagamos dos misas, una en la mañana que sería la misa oficial donde vendrán las autoridades de gobierno y en la tarde haremos otra misa donde lo despedirá el pueblo de Chile y sus amigos. Y así fue, y entra-

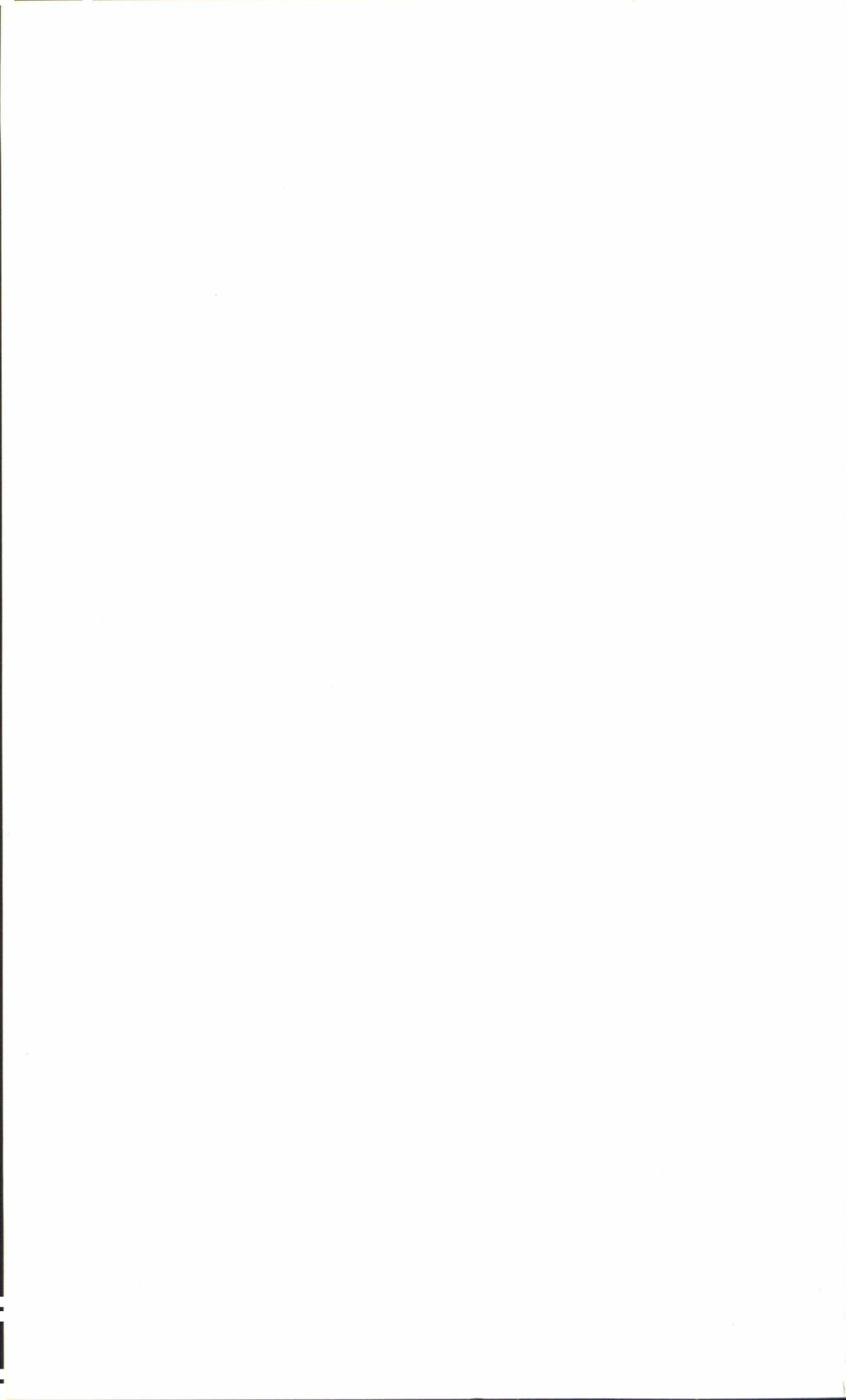
mos en la mañana a una catedral vacía con todo el gobierno a un lado y al otro lado solo estaba yo en representación de la familia.

En la tarde se hizo la misa con el pueblo de Chile en donde el cardenal pronunciaría esas hermosas palabras que recordaba don Patricio y que nunca jamás olvidaremos. No había nadie más en el templo catedral y todas las calles adyacentes se encontraban atiborradas por el pueblo de Santiago que quería despedir a su Presidente. Después, en la noche, nos juntamos con don Raúl en la casa de mi madre y me dijo: ahora que tu padre se nos fue, cada vez que necesites conversar, hablar de cualquier tema, mi casa está abierta; y ahí estuve tantas veces con él, primero en su casa de Simón Bolívar y luego en la casa de calle Los Pescadores.

Recuerdo que el año 1987 recorriamos con Sergio Molina el país por la campaña de elecciones libres, y yo tenía que tomar la decisión de seguir con mi trabajo en mi empresa o me dedicaba al servicio público. Entonces me fui a hablar con él y le conté en qué estaba, me toma del brazo y me dice: no tengas ninguna duda, si vas a trabajar por Chile, por su libertad, por su democracia, por los pobres de Chile ¡adelante! Y ahí terminó la conversación, puesto que la decisión ya estaba tomada y entonces me dice: esto tenemos que celebrarlo y ya sabemos cómo lo hacía. En otra oportunidad, Miguel Ortega, capellán de La Moneda, me dice que el cardenal está muy mal y que se moriría en cualquier momento. Entonces le digo que tenemos que ir a verlo a la Casa de Salud que disponen los salesianos en Macul. El problema es que ya no conoce a nadie me dice el padre Miguel.

Cuando íbamos camino a la Casa de Salud le digo: cómo no le vamos a llevar nada al cardenal, llevémosle unos pasteles. Nos paramos en el camino en una famosa pastelería para comprarlos. Mi primera sorpresa es que me conoció instantáneamente y entonces nos sentamos a tomar café, le entrego los pasteles y empezó a comérselos sin dejar ninguno. Al poco rato decidimos dejarlo descansar y entonces él me tomó nuevamente del brazo, igual como lo había hecho en su casa de Los Pescadores, y me dijo: "no se te olvide lo que conversamos, hay que seguir trabajando por los pobres y por este país". Nos despedimos emocionados.

Yo sabía que no lo volvería a ver y así fue, puesto que tiempo después el cardenal fallecería. El día de su funeral el pueblo de Chile sale a las calles a despedirlo en un gigantesco gesto de gratitud. La multitud, acompañando su féretro llega hasta La Moneda con su cuerpo sin vida y yo, junto a todo mi gabinete en un simbólico acto de Estado, le di mi último mensaje de despedida a este hombre excepcional que marcó mi vida.



Intervención del señor Juan Hamilton Depassier (PDC)

Senador por la V Región Costa

ACTO DE HOMENAJE REALIZADO EN MEMORIA DEL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ EN EL SENADO DE LA REPÚBLICA

Martes 11 de mayo 1999.

En la persona del cardenal Raúl Silva Henríquez estamos rindiendo hoy un homenaje que, en su sentido más profundo, después de un largo tiempo luego de su retiro en que fuera silenciado, es el cumplimiento de una deuda. Porque él no solo es uno de los más grandes chilenos de este siglo: es, además, un chileno que amó a esta patria intensamente, que supo entregarse por entero a ella, y al Dios en que creía y al pueblo en que centró su amor. Al pueblo de los pobres, los sencillos, los que días atrás siguieron con dolor su entierro entonando desde todos los rincones ese espontáneo dístico que dice tanto más de lo que cualquiera de nosotros sería capaz de expresar: "Raúl, amigo: el pueblo está contigo".

Sí, señor presidente, quizá estas palabras fueran, en último término, el mejor homenaje que podría hacerse a este hombre cuyo prestigio rebasó con justicia las fronteras de nuestro país; cuya palabra resonó en el mundo entero defendiendo los derechos humanos con una fuerza que pocos han tenido; cuya imagen fue la imagen de la Iglesia chilena en su momento tal vez más notable, valiente y generoso; cuya lucidez y voluntad contribuyeron decisivamente a fijar los rumbos del Concilio Vaticano II. Y tanto, tanto más. Tanto más, con frecuencia, a costa de tantos sacrificios, tantas incomprensiones, tanta inquina de quienes no alcanzaron a ver en él al varón recto, sencillo y bondadoso que algunos tuvimos la fortuna de encontrar.

Recuerdo haberme juntado con él a su vuelta de Roma a Chile, en el que fuera su último viaje de Europa. Se le notaban esos años que había vivido tan intensamente. No le era fácil caminar, a él, al hombre cuya imagen nos conserva una foto en que va empuñando un viejo arado, abriendo la tierra y abriendo, a la vez, una esperanza a los campesinos que sonreían a su alrededor. Ocupé el asiento contiguo al suyo. Conversamos. En algún momento, cuando la azafata pasaba por el lado, don Raúl me dijo con esa especial sonrisa suya: “¿Por qué no le pide una agüita?”. Y yo, ingenuamente, olvidando lo que era una verdadera ceremonia de recibimiento en su casa, le pregunté algo sorprendido si quería agua mineral o natural. “No, pues –me dijo– agüita de cebada”. Era el nombre que él daba a su whisky ritual. Quien llegara a almorzar o cenar con él, oía el mismo ofrecimiento: “¿Una agüita de cebada?”.

Él la tomaba para la presión, según decía. Y para las presiones, supongo. Algunos de los grandes actores de nuestra vida nacional contemporánea debieron recibir esa frase tan sin ceremonias por su eminencia el cardenal Raúl Silva Henríquez. Y el hielo ambiente, si lo había, casi inevitablemente se iba partiendo poco a poco, envuelto en sonrisas.

Creo que, más que la agüita de cebada en sí, el gesto y el modo de ofrecerla son emblemáticos de la combinación de sencillez y humanidad, de timidez y grandeza que había en don Raúl.

Hoy yo quisiera, en estas breves palabras, trazar no un retrato ni una síntesis biográfica del cardenal, sino un sencillo bosquejo. Me limito a recordar algunos rasgos de su personalidad –por lo demás, inabarcable–, con la esperanza de que, con suerte, quizá ayude a alguien de los que no lo conocieron, a formarse una idea de ciertos aspectos que me parecen sugestivos, estimulantes y que, sin duda, invitan a la reflexión.

Pienso de manera muy especial en las personas jóvenes, para quienes él quizá sea un distante “personaje histórico”, a lo mejor respetable desde lejos, y tal vez un poco frío, como suelen parecernos los grandes personajes.

Si uno sigue el trayecto a la clásica “agüita de cebada”, verá que él la ha ofrecido en el living de su casa o quizá en el escritorio. Puede que sus interlocutores hayan sido gentes como el presidente Salvador Allende y el entonces presidente

del Senado Patricio Aylwin, que se reúnen en 1973 para ver modo de resolver una de las peores crisis de la historia de Chile. Puede que sea, poco antes, un grupo de los Cristianos por el Socialismo, a quienes don Raúl ha convocado para darles un cordial raspacacho y exigirles que enmienden rumbos en bien del país y de la Iglesia. Puede ser, aun antes de ese tiempo, una delegación de campesinos que vino para agradecerle su iniciativa de distribuir entre ellos las tierras del Arzobispado. Pueden ser, más tarde, familiares de detenidos desaparecidos, que quisieran saber de los suyos...

A veces, ni siquiera les servía agüita de cebada. Tan solo la sonrisa acogedora y la palabra de esperanza. O la tremenda seriedad con que escuchaba el drama ajeno para hacerlo propio. Porque lo importante en él era eso: el gesto de recibir y convertir en suyos la inquietud o el dolor, las preocupaciones y la angustia de aquellos a quienes llamaba sus hermanos.

De alguna manera, quizá don Raúl trataba de romper su propio hielo al recibir así a sus visitas. Quienes lo conocieron de cerca suelen coincidir en que fue un hombre más bien introvertido. Le costaba abrirse a los demás en confidencias. A poco de conversar con él, uno llegaba a la frontera más allá de la cual lo protegía una especie de muro de pudor. Tímido, pero a la vez valiente. Vuelto hacia sí mismo y, sin embargo, con una necesidad intensa de comunicarse.

La historia nos muestra a ese hombre firme, que llevó adelante ideas nuevas en las reuniones del Concilio; que renovó en más de algún sentido a la Iglesia chilena; que impidió que se consumara la Escuela Nacional Unificada, en el Gobierno de la Unidad Popular; que se enfrentó a la dictadura sin ceder en sus posiciones esenciales. Y bueno, este hombre de tanto coraje y tanta voluntad, a veces fue el mismo que, con frecuencia, era incapaz de resistir el llanto en medio de una prédica o al verse frente a una situación conmovedora. El mismo que, antes de cenar con un grupo de amigos, iba en persona al mercado a comprar el pescado, el marisco, la carne o las verduras. Y el que, maulino a fin de cuentas, servía el vino más apropiado para la ocasión.

No frivolizo, señor presidente: humanizo. Porque si algo fue siempre este príncipe de la Iglesia a quien hoy homenajea-

mos, fue humano. Y quizás allí estuvo el mayor de sus méritos, en no dejar de ser humano mientras cumplía sus deberes, anhelos, y una misión de hierro, con una voluntad que él supo de hacer de hierro, porque se lo pedían sus tres grandes amores: su Dios, su patria y su pueblo.

He dicho.

Intervención del ex Presidente de la República don Ricardo Lagos Escobar

ACTO DE PRESENTACIÓN MEMORIAS DEL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ

Santiago, lunes 9 de abril 2007

El cardenal Raúl Silva Henríquez está en el corazón de millones de chilenos gracias al testimonio de grandeza espiritual que dio, a la cabeza del Arzobispado de Santiago y de la Conferencia Episcopal de la Iglesia Católica, en una época oscura y dramática de nuestra historia.

El cardenal Silva Henríquez hizo cuanto estuvo a su alcance para buscar una salida racional al conflicto político de 1973 y evitar el derrumbe de las instituciones democráticas. Por desgracia, sus esfuerzos no bastaron. Consumado el golpe de Estado, suscribió junto al Comité Permanente del Episcopado un pronunciamiento nítido: “Nos duele inmensamente y nos oprime la sangre que ha enrojecido nuestras calles, nuestras poblaciones y nuestras fábricas –sangre de civiles y sangre de soldados– y las lágrimas de tantas mujeres y niños. Pedimos respeto por los caídos en la lucha y, en primer lugar, por el que fue hasta el martes 11 de septiembre el Presidente de la República. Que se acabe el odio, que vuelva la hora de la reconciliación”.

La Iglesia creía entonces –como tantos otros– que el régimen de fuerza sería transitorio y que los militares efectivamente se proponían restaurar el orden institucional, para lo cual era necesario cooperar con tal objetivo. Sin embargo, esto no hizo dudar al cardenal respecto de sus deberes. El 24 de septiembre de 1973, cuando el sufrimiento y el luto se extendían a través del país, acudió al Estadio Nacional abarrotado de detenidos.

Allí dijo: "Quizá muchos de ustedes no me conocen. Me llamo Raúl Silva Henríquez, soy cardenal de la Iglesia Católica. Represento a una Iglesia que es servidora de todos y especialmente de los que sufren. Quiero servirlos y, tal como Jesús, no pregunto quiénes son ni cuáles son sus creencias o posiciones políticas. Me pongo a disposición de los detenidos..."

El 9 de octubre, la Iglesia Católica concurrió, junto a otras instituciones religiosas, a la formación del Comité Pro Paz, que desempeñó una inmensa labor de auxilio de las víctimas de la represión hasta fines de 1975. Obligado a poner fin a la actividad de dicho organismo, el cardenal adoptó poco después una decisión de significado histórico: crear la Vicaría de la Solidaridad, al alero del Arzobispado de Santiago. Esta es probablemente su obra mayor, porque fue gracias a la indolegable acción humanitaria de la Vicaría, gracias a la abnegación y los desvelos de quienes allí laboraron, que muchos compatriotas encontraron apoyo en los años de la inclemencia.

La Vicaría representó el humanismo consecuente y salvó muchas vidas. ¡Cómo no agradecer con emoción todo lo hecho por los valientes trabajadores de la Vicaría, a quienes inspiró y guió el cardenal Silva Henríquez!

Mucha gente noble merecería hoy reconocimiento y gratitud. Junto al cardenal hubo numerosos sacerdotes y religiosas, además de laicos, que trabajaron sin descanso por aliviar los dolores del pueblo chileno. Quisiera recordar en este día a dos obispos que dejaron un recuerdo imborrable en mucha gente sencilla: me refiero a don Enrique Alvear y a don Fernando Ariztía.

Hay que decirlo claramente: en los años de la dictadura la Iglesia Católica, con el cardenal Silva Henríquez a la cabeza, le dio al país una lección imperecedera en el ámbito moral y de los principios de civilización. Antes de 1973, la expresión "derechos humanos" prácticamente no formaba parte del lenguaje político, académico o periodístico en Chile. Dábamos por hecho que estábamos a salvo de la arbitrariedad.

En realidad, no teníamos conciencia cabal del valor determinante de ese cuerpo de principios ni de la preeminencia que tenían la paz, la libertad y el derecho para construir una sociedad más justa. Lo aprendimos a un costo muy alto, y en

ese proceso de aprendizaje el magisterio de la Iglesia fue decisivo. Es hora de que todos lo reconozcamos sin ambages, más allá de cualquier diferencia filosófica o religiosa.

Defender los derechos de quienes piensan como uno es una respetable expresión de los lazos de compañerismo que son propios de cualquier grupo humano. Lo verdaderamente difícil es defender los derechos de quienes piensan distinto, incluso muy distinto, porque solo en tal caso la adhesión a la cultura de los derechos humanos refleja genuina convicción. Y la Iglesia Católica lo hizo. No discriminó entre quienes sufrían y expresó el amor al prójimo en las palabras y en los hechos.

Hoy entendemos mejor que, tratándose de la vida social, nada es más importante que el respeto de las garantías individuales y que no puede aceptarse forma alguna de avasallamiento de las personas, cualesquiera que sean las banderas ideológicas o políticas que se enarbolan.

De la dura experiencia de la dictadura debemos extraer una lección definitiva: los derechos humanos deben ser defendidos en toda circunstancia y en todo lugar, y tal defensa no puede depender de quiénes sean las víctimas y quiénes los victimarios.

El cardenal encarnó la defensa vigorosa del alma de Chile, entendida como el acervo de valores que dieron identidad a la República, en primer lugar el amor a la libertad.

Esa causa, que vibró en sus homilías en los años sombríos, dio luminosa universalidad a su misión e interpretó a chilenas y chilenos de muy diversas creencias y filiaciones.

En su momento —como ocurrió con el padre Hurtado— fue incomprendido y atacado por muchos. El cardenal estaba consciente de ello, pero entendía que había allí un testimonio moral al cual no podía renunciar.

En ese momento oscuro y de negación de las instituciones democráticas, la república, en su sentido más profundo, el alma de Chile, encontró una voz que pudo ser hostilizada pero nunca acallada, fue la voz de una Iglesia, lo que permitió al hilo republicano no cortarse, sino que resistiera hasta que fruto de tantas voluntades y sacrificios de muchas y muchos, la República volviera a ser esa realidad sólida que ha construido la democracia y cuyo patrimonio debemos cuidar y proteger.

Los valores defendidos por el cardenal fueron la base sobre la cual se construyó la gran convergencia de fuerzas que nos permitió recuperar la democracia. No podemos olvidarlo. La herencia de este chileno entrañable está hoy viva en la acción de su Iglesia por supuesto, pero también en las instituciones y la convivencia que hemos sido capaces de construir.

Está en la cultura de la solidaridad, en el espíritu de tolerancia y de diálogo, en la voluntad de tener un país más justo y cohesionado, en el compromiso con los derechos humanos. Pero su mensaje es exigente: tenemos que seguir trabajando, con pasión y tenacidad, por la humanización de la sociedad.

¡Gracias, don Raúl, por todo lo que usted hizo por la patria!

Intervención del senador Sr. Hernán Larraín Fernández (UDI)

Senador por la VII Región, del Maule

ACTO DE HOMENAJE REALIZADO EN MEMORIA DEL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ EN EL SENADO DE LA REPÚBLICA

Martes 11 de mayo 1999.

Nos reúne la voluntad del Senado de rendir tributo en memoria del cardenal don Raúl Silva Henríquez, quien falleciera en fecha reciente. Él está inscrito en la historia de Chile y de la Iglesia Católica de nuestro tiempo, motivo por el cual su recuerdo solemne en el Hemiciclo constituye un hecho imperioso de la mayor trascendencia. Por ello, el Comité de Senadores de la Unión Demócrata Independiente y de los independientes que lo forman, por mi intermedio, se une a tan emotivo acontecimiento.

En verdad, la vida de don Raúl Silva Henríquez coincide plenamente con una de las más profundas transformaciones experimentadas por Chile y la propia Iglesia Católica en nuestra época.

En efecto, nuestro país sufrió los cambios que se produjeron en este siglo sin lograr evitar un grado creciente de conflictos sociales, que generaron sucesivas crisis en todos los ámbitos de nuestro desarrollo. La situación económica no se vio incrementada como la población, y la marginalidad aumentó hasta convertirse en una característica que afectará a millones de chilenos, generándose así una profunda frustración que no tardará en producir dolorosos efectos en la evolución política de nuestra nación.

Por su lado, la Iglesia Católica, en parte por esta misma realidad que golpeará a la vez la puerta de muchos países del tercer mundo, en parte, también, por los efectos de las trans-

formaciones tecnológicas y culturales que produjeron condiciones de vida que modificaron radicalmente los hábitos y costumbres de hombres y mujeres, iniciará una reflexión de su quehacer destinada a adaptar el mensaje evangélico (sin cambiarlo, por cierto) a la nueva realidad. Son los días en que en Chile la Iglesia se aleja del oficialismo político que encarnaba en la primera mitad de este siglo el Partido Conservador, para abrir espacios de libertad partidista a los católicos, quienes así podrán incorporarse a otras colectividades. Son también los días del Concilio Vaticano II, el que refleja la voluntad oficial de la Iglesia por su "aggiornamento".

Ambos procesos coinciden con la presencia de monseñor Silva Henríquez, cuando asume la guía y conducción de la Iglesia en Chile, posición desde la cual jugará un rol trascendente en su evolución así como en la del país.

Sus actos revelarán el estilo de su vocación pastoral, comprometida con la situación de los sectores más pobres de nuestra sociedad. Sus intervenciones conciliares, o las que influyen en muchos católicos a abrirse a opciones nuevas en el ámbito político, representarán con fidelidad a los sectores más identificados con el progresismo que impulsaba los cambios al interior de la Iglesia.

Este rol asumido por el cardenal Silva, que tuvo alcance continental, no pasó inadvertido en su gestión como arzobispo de Santiago. Le dio brillo y liderazgo, pero también le valió detractores que representaban otras opciones dentro de la propia Iglesia.

Fueron esos días valiosos para muchos, pero amargos para algunos, entre los que me encontraba, puesto que, a pesar del respeto y fidelidad que los católicos debemos a nuestros pastores, el sabernos distantes de muchas de sus determinaciones -y estamos pensando en determinaciones que no forman parte de su magisterio-, ponía en nuestros hombros un peso que dificultaba nuestro proceder y actuar público.

Más adelante, a raíz de otros momentos, probablemente como consecuencia final del deterioro progresivo de nuestro país, que se mencionaba anteriormente, también le cupo al cardenal Silva Henríquez actuaciones trascendentes. Me refiero al período del Gobierno Militar, cuando las acusaciones sobre

violación de derechos humanos le llevaron a intervenir en defensa de las víctimas de tales hechos. Nuevamente, sus intervenciones fueron aplaudidas por algunos, pero también rechazadas por otros, por los eventuales alcances políticos que tenían sus actuaciones.

Recuerdo estos hechos hoy para reflexionar sobre ellos, a la luz del tiempo transcurrido y de la experiencia histórica vivida por el país en estos años. También lo hago considerando la mayor madurez de todos nosotros y la necesidad de enfrentar estas realidades, que reflejan que en Chile ha habido un quiebre de nuestra alma nacional. Y lo hago con altura de miras y con voluntad de reencuentro. Creo que, en esa perspectiva, tal vez todos podremos encontrar la verdadera dimensión de lo que significó para Chile y para el pueblo cristiano la influencia de monseñor Raúl Silva Henríquez.

Creo que el cardenal Silva vivió un momento complejo, difícil, especialmente confuso, pero un período en el cual él tomó su partido. No fue "tibio" al decir apocalíptico, y se jugó con pasión por sus convicciones: primero, por Dios; en seguida, por los pobres, por las ofensas morales, por la modernización de la Iglesia. Ello merece nuestro reconocimiento.

Más todavía, pienso que la fuerza con que procedió, que muchos sentimos y sufrimos en carne propia, nos han obligado a meditar en nuestras convicciones, para revisar con humildad en qué fallamos y cómo actuamos entonces, recordando que todo ello significó alcanzar grados importantes de discrepancia, a veces pública.

Por cierto, encuentro equivocaciones en lo que hicimos. Y estoy consciente de que pudimos hacerlo mejor. Pero también advierto que la Iglesia ha acogido posteriormente otras miradas —en parte, la nuestra— en un proceso integrador que busca hacer que ella sea una. La perspectiva espiritual y el compartir en lo profundo el misterio de nuestra fe, hacen que, más que acentuar las diferencias, ello nos confirme como hijos del mismo Dios, superando y respetando posiciones, que no significan más que aproximaciones, a veces inspiradas en motivos de carácter cultural, u otras que se sustentan en asuntos de índole circunstancial, pero que nunca, con todo lo discrepante que puedan aparecer en la superficie, deben estar reñidas con la

unidad de la fe o con el sentimiento de que todos pertenecemos al mismo rebaño.

Hoy expreso mi respeto por la obra de monseñor Raúl Silva Henríquez, así como lo ha hecho el país a propósito de su muerte. No hay posibilidad de reconciliación si no sabemos ponernos en la posición del otro, si no hay tolerancia mutua. De igual modo, si no somos capaces de tener confianza en quienes nos guían y si no abandonamos la soberbia de creer que siempre tenemos la última verdad, nuestra convivencia jamás se cimentará sobre bases sólidas y duraderas.

El recuerdo que hoy el Senado brinda al cardenal Raúl Silva Henríquez, más que para alabar su obra o comentar acerca de su vida, constituye una ocasión propicia e inmejorable para valorar en él su entrega a la Iglesia y la oportunidad para expresar públicamente nuestra voluntad, nuestro ánimo de reconciliación, como el mejor homenaje que le podemos efectuar a quien dedicó su vida a Dios y a Chile, patrimonio común de quienes hoy ofrecemos este gesto de confianza y reconocimiento.

He dicho.

Intervención del diputado Sr. Juan Carlos Latorre Carmona (PDC)

Distrito 35, VI Región del Libertador Bernardo O'Higgins

SESIÓN DE HOMENAJE AL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ EN EL CENTENARIO DE SU NATALICIO.

Cámara de Diputados, miércoles 20 de junio 2007.

Es para mí un gran honor en representación de la democracia cristiana, rendir homenaje al centenario del nacimiento de nuestro querido cardenal Raúl Silva Henríquez, quien nació en Talca el 27 de septiembre de 1907.

Envío un saludo especial a quienes, desde la tribuna, nos acompañan en este homenaje que rinde nuestra Cámara de Diputados.

“Raúl, amigo, el pueblo está contigo”.

La vida de un hombre ejemplar es honrada por miles de testimonios que día a día conforman las páginas de su historia. Todo lo que se pueda reiterar respecto de su vida sacerdotal, como de su vida y labor arzobispal, nos enseña la ejemplar vida de un verdadero pastor que, con cariño, inteligencia, firmeza y mucha sabiduría, orientó a miles de chilenos en momentos decisivos de la vida de nuestra patria, y siempre supo acoger, brindando amparo y comprensión, a aquellos que no pensaban como él.

Sí, un verdadero pastor que imponía siempre un ambiente de respeto y cordialidad con su presencia en cualquier lugar, y que con su dignidad paternal de hombre agradecido, siempre mostraba su disposición a relacionarse con los demás y a contribuir a su bien.

Constituye un deber ciudadano y, desde luego, para esta Cámara de Diputados, rendir homenaje a personajes tan relevantes para nuestra nación y que tanto han aportado a la

construcción de un compromiso permanente por el respeto a la dignidad de la persona y, especialmente, por su preocupación por los más necesitados.

La bella y larga historia de Raúl Silva Henríquez está llena de testimonios y realizaciones que nos muestran su disposición y la de la Iglesia de su tiempo, por "aliviar la carga social a los más pobres", porque, como tantas veces dijo: "Son los privilegiados de Dios y a ellos se debe nuestro mayor esfuerzo y dedicación".

Insisto en que cada momento de su vida y vocación sacerdotal, que se inicia ya a los veintidós años, cuando ingresa a la Congregación Salesiana, en Santiago, después de sus estudios de derecho en la Universidad Católica, constituye una muestra de su ejemplar inclinación hacia Dios y compromiso social, manifestado en múltiples realizaciones.

Todos quienes estudiamos en el viejo edificio de Moneda 1661 y siempre vimos su nombre en el Cuadro de Honor del colegio, nos preguntamos por qué resultó ser un sacerdote salesiano. Yo mismo se lo pregunté en más de una oportunidad y entre carcajadas me comentaba que los padres alemanes nunca advirtieron su temprana vocación, y que, por el contrario, siempre lo mantuvieron al borde de la expulsión, por no asumir plenamente la férrea disciplina que el colegio imponía a sus discípulos.

Su risa se debía a que siempre que recordaba sus nombramientos en cargos de mayor jerarquía en la Iglesia Católica, mayores eran las explicaciones que le daban los sacerdotes de la Congregación del Verbo Divino para que les perdonara su escasa visión, la que no les permitió advertir, oportunamente, que se encontraban frente a un personaje que sería tan importante en la historia de nuestro país.

El mismo dijo a los salesianos: "Quiero hacer lo que el Señor quiera, y me he encontrado con una dificultad tan grande para llegar a los jesuitas, y con ustedes me he encontrado, en cambio, con una facilidad enorme. Déjenme conocer un poco quién es Don Bosco, quiénes son los salesianos". Además, escribiría: *"Pasé todo el verano del 27, estudiando a Don Bosco, que sería canonizado recién siete años después. Me maravillé con su inusual experiencia de Dios. Había en su vida una rela-*

ción sobrenatural, pero sin las apariencias clásicas; una relación carismática y, al mismo tiempo, intensamente humana". En estas palabras del cardenal Raúl Silva Henríquez, ya se advierte lo que sería la vocación de toda su vida.

En 1938 fue ordenado sacerdote, momento en el cual inicia una larga tarea y una vida de responsabilidades dedicadas a distintas tareas en la Iglesia Católica, destacando en la jerarquía eclesiástica con múltiples roles.

En 1959 es nombrado obispo de Valparaíso; en 1961, arzobispo de Santiago, y en 1962, cardenal de la Iglesia Católica. En numerosas oportunidades desempeñó el cargo de presidente de la Conferencia Episcopal de Chile y como arzobispo de Santiago le cupo una activa participación en el Concilio Vaticano II, en sus cuatro sesiones, destacándose como una de las figuras más preclaras de la Iglesia de América Latina. Fue legado papal al Congreso Mariano de Santo Domingo en 1965; participó en el Primer Sínodo Mundial de Obispos convocado por el papa Pablo VI en septiembre y octubre de 1967, y en la Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en Puebla, en 1979. Le tocó participar en los cónclaves que eligieron a los papas Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II. Fue miembro de las Sagradas Congregaciones para la Educación Católica, para el Culto Divino y para el Clero, e integrante para la reforma del Código de Derecho Canónico. En fin, como arzobispo de Santiago, fue el Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Podríamos extendernos largamente en sus múltiples realizaciones y roles trascendentales que asumió en la Iglesia Católica y en el país.

Como pastor de la Iglesia organizó la arquidiócesis en decanatos, zonas pastorales y vicarías especializadas; también dio vida a numerosas instituciones de formación religiosa, de promoción social, de defensa de la justicia y de los derechos humanos, como el Comité Pro Paz y, posteriormente, la Vicaría de la Solidaridad.

El 1 de enero de 1975 nació la Vicaría de la Solidaridad, encabezada por el sacerdote Cristián Precht. A ella acudieron, durante todos los años siguientes, las víctimas de violaciones a los derechos humanos y sus familiares a pedir asistencia legal, laboral y médica; toda clase de ayuda, también consuelo.

A propósito de ella, durante el fin de semana se produjo el fallecimiento de monseñor Juan de Castro, quien fuera vicario de la Solidaridad y colaborador de la Iglesia en la línea de lo que fue la acción del cardenal Silva Henríquez. Un homenaje cariñoso también para él.

En 1978, en Naciones Unidas, el cardenal Silva Henríquez dijo: "La Iglesia no puede callar. Sería como traicionarse a sí misma; sería, también, dejar al hombre, a la humanidad, sin su conciencia, y sin la voz de la conciencia el hombre se pierde, ya no es capaz de distinguir entre el bien y el mal".

Quiero señalar, sin pretender extenderme en este homenaje, que esta idea de ser la voz de los que no tienen voz, constituye, también, una experiencia notable de su labor como pastor en nuestro país. En años muy difíciles, fue capaz de hacer que esta idea se transformara en un elemento central de la acción política y social y que a través de un movimiento ciudadano pacífico, pretendía reestructurar, reorientar, la situación que vivía nuestro país, particularmente, intentando la redemocratización del mismo. Son muchos los testimonios que podemos dar quienes, en esa época, como dirigentes gremiales de distintas instituciones, vimos en el mensaje del cardenal Raúl Silva Henríquez la línea de orientación para la recuperación de la dignidad de las personas en nuestro país.

En su momento y en su presencia, cientos de dirigentes sociales y gremiales le manifestamos nuestro reconocimiento y cariño por su llamado a que todos fuéramos "voz de los que no tienen voz".

"Raúl, amigo, el pueblo está contigo".

El cardenal Raúl Silva Henríquez falleció en Santiago el 9 de abril de 1999. Su muerte nos conmovió a todos y permitió que el país entero se enfrentase, por primera vez, a la historia verdadera de la última mitad del siglo pasado.

El cardenal Raúl Silva Henríquez fue, durante décadas, un fuerte signo de esperanza, de fe y, también, de contradicción.

Al respecto, en esta Cámara política por excelencia, quiero destacar cómo Raúl Silva Henríquez fue también una persona que nos mostró, a partir de su contradicción, el rol que los distintos sectores políticos estábamos llamados a cumplir en nuestro país.

Él fue un signo de contradicción para la derecha, pues hizo salir a sectores importantes del clero, del confesionario a la reforma social. En su época, se negó a lanzarse en contra de los gobiernos, declarándose siempre servidor de aquellos que vivían situaciones de persecución. Así ocurrió con los detenidos durante el régimen militar, defendiendo los derechos humanos. Para ello fundó, como dije, el Comité Pro Paz y la Vicaría de la Solidaridad; más tarde, la Academia de Humanismo Cristiano, y en 1977, la Vicaría de Pastoral Obrera, primera institución de la Iglesia Católica, en el mundo, de esta naturaleza. “Su creación, dijo después, fue un paso enorme que nos dio credibilidad en ese sector tan numeroso e importante del país”. Nació de una necesidad pastoral evidente, pero también fue causa de roces inevitables con el gobierno, que no veía con buenos ojos, en esa época, el papel que la Iglesia estaba jugando.

Fue un signo de contradicción para la democracia cristiana, mi partido. El cardenal, a pesar de su innegable ideario social cristiano, nunca se sumó a estrategias de ruptura con la institucionalidad vigente. Siempre llamó a la defensa de los derechos humanos y a la unidad de acción de cristianos, laicos e, incluso, marxistas, sellando, definitivamente, el no confesionalismo de la Iglesia Católica, lo cual incomodó a sectores tradicionales que vieron no solamente en la democracia cristiana, sino también en otros partidos, que este debía tener una suerte de opción preferente sobre el mundo católico y una vocería especial a la hora de expresar sus principios.

Fue un signo de contradicción para la izquierda, pues, de un plumazo, derribó aquellos eslóganes que decían que la religión era el “opio del pueblo”, lo cual desmoronó las maniobras electorales de intelectuales y políticos que, siendo descubridores tardíos del laicismo, veían que a la sociedad no le gustaba el rol de la Iglesia Católica frente a la reforma social.

Raúl Silva Henríquez nos dijo: “Tenemos que luchar todos para que en Chile cada uno tenga lo que corresponde. Solo con la justicia y con la verdad existe la real grandeza de los pueblos. Quizás la dignidad humana debiera ser el norte definitivo de la vida social, por lo cual la violación de los derechos fundamentales es inaceptable.



Por lo mismo, el régimen democrático de gobierno vale, y que sin una mínima amistad cívica entre los políticos este se derrumba; que frente a la modernización capitalista que vivimos se requieren muchas pequeñas vicarías de la solidaridad, distintas a la pura filantropía que acogen a los numerosos perdedores, víctimas del sistema; que si las fuerzas espirituales de un país no están dirigidas por fanáticos, se constituye en una reserva invaluable de moral y decencia para su sociedad; que, contra lo que muchas veces podemos creer, los titulares de los diarios y los programas televisivos no cambian la historia, menos aún, la borran”.

Cuando recordamos todo esto y analizamos lo que hoy vivimos como país, quienes tuvimos el privilegio de conocer a Raúl Silva Henríquez no podemos dejar de pensar que hoy su mensaje tiene aún más relevancia y que en torno a su figura debiéramos ordenar nuestra acción política, poniéndola al servicio de los más necesitados, de los pobres y de los adultos mayores. Que en la construcción del futuro no olvidemos nunca su testimonio.

Querido Raúl, amigo, estaremos siempre contigo.

He dicho.

Intervención del senador
Sr. Ricardo Núñez Muñoz (PS)
Senador por la Tercera Circunscripción Senatorial,
Atacama

ACTO DE HOMENAJE REALIZADO EN MEMORIA DEL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ EN EL SENADO DE LA REPÚBLICA

Martes 11 de mayo 1999.

Permítanme expresar una reflexión muy sentida acerca de un hombre muy excepcional. Lo hago en mi calidad de senador y presidente de los socialistas chilenos, en reconocimiento a una personalidad hacia la cual sentimos una inmensa y sincera gratitud.

El obispo de Punta Arenas dijo en una oportunidad: "No puede haber una verdadera historia del Chile de nuestro tiempo, sin considerar la figura del cardenal Raúl Silva Henríquez. Él ha sido un gran creador y renovador de la Iglesia Católica".

Compartimos esa apreciación.

El cardenal Silva Henríquez fue un hombre inquieto, trabajador incansable y de una inmensa capacidad creativa.

Un sello, sin embargo, marcó su existencia: su compromiso con los más pobres, con aquellos que más lo necesitan, con los desesperanzados de la tierra, con los hombres y mujeres que más sufren, con los niños que nacen con un futuro incierto, con los ancianos que padecen de una vejez desvalida.

Para entregar un pan digno a los más desposeídos, el cardenal creó Caritas-Chile; para llevar un techo que diera abrigo creó el Instituto de la Vivienda; para educar a los analfabetos movilizó a miles de maestros y fundó establecimientos educacionales; para dignificar la condición de los trabajadores fundó la Vicaría de Pastoral Obrera; para proteger a los perseguidos creó la Vicaría de la Solidaridad.

Desde niño sintió esta vocación de servicio para con sus hermanos más pobres, y ya ordenado sacerdote, entendió a la Iglesia vinculada con los sectores más populares.

Las enseñanzas de la Biblia lo impulsaron a abrir su corazón hacia los que sufren, los perseguidos, las víctimas de la opresión, los desamparados.

Su lucha por dignificar la condición humana fue incansable, y a veces incomprendida. Él entendió que dicha dignificación es fundamental para ennoblecer la existencia, para rechazar el avasallamiento y los atropellos. El ser humano –independientemente de su raza, sexo o color político, o de su mayor o menor acercamiento a Dios– era su preocupación fundamental, la pasión de su vida.

De las muchas obras realizadas por el cardenal, permítame relevar, sin ánimo alguno de controversia, el Comité Pro Paz y la Vicaría de la Solidaridad.

Ambas entidades –en especial la última– llevaron su sello. Fueron expresión de lo más bondadoso de su alma. Reflejaron su valentía y coraje para defender a los más débiles. Mostraron su capacidad de enfrentarse al poderoso en momentos tan delicados para la vida del país.

Cuando pocos se atrevían a alzar la voz, cuando el miedo se había entronizado en la familia chilena, cuando un sector importante de la sociedad se sentía perseguido e inseguro, cuando muchos pensaban que, en cualquier instante y por cualquier razón, las más de las veces arbitrariamente invocada, podían ser detenidos y llevados a campos de concentración e incluso perder la vida, el cardenal desplegó una fuerza espiritual que animó la esperanza y la paz interior en todos los que sentían y padecían la angustia de la persecución.

Meses después del golpe de Estado, siendo presidente de la Conferencia Episcopal de Chile, su voz se dejó sentir clara cuando declaró: “Comprendemos que circunstancias particulares puedan justificar la suspensión transitoria del ejercicio de algunos derechos civiles. Pero hay derechos que se identifican con la dignidad misma de la persona humana, y ellos son absolutos e inviolables. La Iglesia debe ser la voz de los que no tienen voz”.

A propósito de lo anterior, y sin ánimo de recordar el pasado para alimentar conductas inquisitivas en el presente, permítanme expresar un testimonio personal.

Cuando miles de chilenos permanecíamos detenidos en el Estadio Nacional, en instantes en que tronaban los parlantes llamando a un fatídico punto negro a los prisioneros para ser llevados a algún sitio cercano a ese campo deportivo, con el objeto de ser interrogados, la mayoría de las veces de manera violenta, un día apareció la figura enhiesta y venerable del cardenal. Su voz tranquila y serena se escuchó por todos los ámbitos del lugar. Su figura resaltó sobre el fondo gris de las graderías; su traje negro y su característico sombrero rompieron la desequilibrante armonía que imponían detenidos y celadores. Y lo que había sido hasta ese instante un ambiente de revuelo, de inquietud, de rostros marcados por la incertidumbre y el rigor, por su sola presencia se transformó en un momento de paz, de tranquilidad y de esperanza.

Lo recuerdo como si fuera hoy.

Todos los que allí nos encontrábamos, y más allá de que fuéramos o no fuéramos cristianos, sentimos muy profundamente la figura protectora del cardenal, quien, cual padre cariñoso, nos amparaba ante la cruel y brutal situación que nos afectaba.

Ese instante difícilmente podrá ser olvidado por quienes fuimos testigos de esa visita y de sus palabras. Y, aun cuando hoy no las recordamos exactamente, a lo menos sí guardamos en la memoria que un hálito de sosiego se instaló en todos aquellos que las escuchamos.

¿Qué hubiese pasado si los que detentaban el poder hubiesen escuchado la palabra del cardenal? ¿Cuántas vidas se habrían salvado? ¿Cuán distinto sería el panorama en que lamentablemente aún nos encontramos?

Según lo testimonia el Informe Rettig, documento oficial sobre la violación de los derechos humanos cometida en la época dictatorial, su decidida y valiente defensa de las víctimas de la dictadura militar salvó la vida de muchos miles de chilenos.

Podemos afirmar que, de haber sido debidamente escuchado, hoy tendríamos muchas menos demandas por justicia y verdad.

Si se hubiese prestado atención al mensaje del cardenal, estoy cierto de que este factor, el de los derechos humanos, no sería tan acuciante, determinante y significativo para la convivencia de los chilenos como lo es actualmente. Es más, es posible sostener, incluso, que las situaciones que hoy estamos viviendo con nuestra transición inconclusa y los grados de confrontación que hemos presenciado durante los últimos meses no tendrían, tal vez, la connotación que hoy tienen.

Señor presidente, el cardenal ha partido, el pueblo de Santiago y de Chile entero lo despidió como a un padre, tributándole su amor y reconocimiento. Flotan en el aire aún sus palabras.

Vivas en el recuerdo colectivo están su templanza y sabiduría.

La historia de Chile contemporáneo ha perdido a su mejor testigo.

Al partir, nos ha legado un tesoro, un sueño lleno de esperanzas. Su testamento espiritual nos obliga y, como a verdaderos albaceas, nos impele a seguir su ejemplo, a cumplir sus anhelos de una patria más justa para todos.

“Me preguntan por el país que sueño o que deseo. Y debo decir que mi deseo es que en Chile el hombre y la mujer sean respetados. El ser humano es lo más hermoso que Dios ha hecho”, dijo el cardenal.

Y agregó: “Quiero un país donde se pueda vivir el amor. ¡Esto es fundamental!”.

He dicho.

**Intervención del diputado
Sr. Iván Paredes Fierro (PS)
Distrito N° 1, XV Región de Arica y Parinacota**

**SESIÓN DE HOMENAJE AL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍ-
QUEZ EN EL CENTENARIO DE SU NATALICIO.**

Cámara de Diputados, miércoles 20 de junio 2007.

Sin temor a equivocarme, diferencias más, diferencias menos, el reconocimiento que hoy la Cámara de Diputados entrega a uno de los personajes más destacados de la historia contemporánea de Chile genera amplios consensos, dada su transversalidad y protagonismo, no deseado, por cierto, a partir de la década de los 60 del siglo pasado.

Siempre llamó nuestra atención esa tremenda energía acogida en su pequeño cuerpo; la calidez que emanaba de su mirada y la humildad con que planteaba grandes soluciones para los grandes problemas que tuvo que enfrentar nuestro país, lo que lo incorpora, sin duda, entre sus grandes hombres que nos han permitido avanzar por sendas más justas y más libertarias.

Por eso mismo, señor presidente, estimados colegas, por esa presencialidad que supera su ausencia física, por ese sentido de “ser”, sin necesidad de “estar”, en representación de la bancada del Partido Socialista –mi partido, que me ha honrado al designarme como su representante en este homenaje–, quiero permitirme la licencia de cambiar mi intervención, de una impersonal tercera conjugación en singular, a pensamientos volcados casi de manera epistolar.

Queremos manifestarte, cardenal, que todavía resuenan en nuestros oídos las voces reunidas, religadas, de ese 9 de abril de 1999, cuando el pueblo de Chile, sin distinciones, te reafirmaba su reconocimiento con el popular “Raúl, amigo, el pueblo está contigo”, como en una rebelión no acordada, no

planificada, no coordinada, frente a lo que considerábamos tu injusta partida de la geografía terrenal.

Estamos seguros de que nos escuchaste, con tu sonrisa simple, con tu cabeza un poco inclinada, y de que te diste cuenta de que no te decíamos que el pueblo “había estado” contigo, sino que reafirmábamos el presente y el futuro de tu presencia permanente e imperecedera.

Reconocemos, cardenal, que ese dolor y fervor nacional gatillaron un interés superior por conocerte, por tratar de entender, en otra dimensión, las razones por las cuales te fuiste introduciendo en nuestras vidas, en nuestras propuestas, en nuestras luchas, en nuestras utopías, en nuestras acciones diarias, en nuestros dolores.

Y cayó en nuestras manos un tremendo texto, casi un manifiesto y legado político no partidario, para todos aquellos y todas aquellas que seguimos creyendo que es posible una patria más justa y más solidaria, titulado “Mi sueño de Chile”, donde nos decías, entre otras cosas, lo siguiente:

“Quiero que en mi país todos vivan con dignidad. La lucha contra la miseria es una tarea de la cual nadie puede sentirse excluido. Quiero que en Chile no haya más miseria para los pobres. Que cada niño tenga una escuela donde estudiar. Que los enfermos puedan acceder fácilmente a la salud. Que cada jefe de hogar tenga un trabajo estable y que le permita alimentar a su familia”.

¿Y qué quieres que te diga, cardenal? ¡Nos identificamos con tus palabras! ¡Nos reconocimos en tus sueños! ¡Confirmamos nuestro ideario social y político, profundizando su sentido y su accionar!

Y fortalecimos el convencimiento de que no somos producto del momento, de que no somos consecuencia del presente como los héroes, sino un resumen de lo aprendido y comprendido de la historia y de la memoria colectiva y que tú, aprendiz aventajado de Maestro, supiste desde siempre.

No por otra razón te recuerdan tus amigos del Liceo Manuel Arriarán Barros. Esa capacidad que tenías de interiorizarte en cada uno de los detalles de tus discípulos que, en definitiva, entendías, cual destacado antropólogo, conformaban tu

comunidad, tu colectividad, tu rebaño, respetando las individualidades y las voluntades particulares.

En definitiva, cardenal, siempre te opusiste a las imposiciones, siempre privilegiaste el diálogo y los acuerdos; siempre, incluso, en los aciagos días en que la irracionalidad y la intolerancia asolaban nuestra convivencia democrática.

Y no nos dimos cuenta de que habías aligerado el paso, de que la preocupación te marcaba el rostro, de que tu voz sonaba más fuerte, de que tus demandas se transformaban en urgencia. No nos percatamos o no quisimos darnos cuenta.

En esos difíciles momentos de la patria, provocabas el diálogo, buscabas entendimientos, sembrabas esperanzas y esfuerzos, como los que realizaste por acercar posiciones e ideales entre el presidente Allende y sectores de la oposición de la época, para superar la crisis que vivía nuestro país, porque sabías lo que podía venir y lo que, al final, llegó.

Y, entonces, cardenal, entendimos perfectamente cuando, en el momento preciso del dolor patrio, te convertiste en la voz de los sin voz y fuiste motejado peyorativamente por la dictadura, debido a tu defensa de los derechos humanos, como “el cardenal rojo”, como si trabajar por el respeto de la vida, de los derechos de las personas, de la libertad y de la justicia tuviera un color determinado.

Entonces, cuando el rojo, no ese peyorativo con que pretendían insultarte, sino el de la sangre de los desposeídos, de los postergados, de los marginados y de los discriminados, empezó a correr por esta larga y angosta faja, convertida en callejuela, tu paso se transformó en carrera, tu rostro reprodujo el dolor de la tortura y del asesinato, tu voz se elevó para reclamar justicia y tu demanda urgente se transformó en defensa de la vida, de esa vida que se truncaba con el olor a pólvora, con los golpes de corriente, con los corvos que abrían vientres de la vida detenida, de la vida desaparecida, de la vida encarcelada, de la vida relegada, de la vida exiliada.

Sí había sido importante tu labor educativa, misionera, evangelizadora, asistencialista, liberadora. Allí están el inicio de la Reforma Agraria, cuando entregaste tierras de la Iglesia a tus queridos campesinos; la fundación Caritas Chile; la creación del Instituto Católico de Migraciones; la Vicaría de Pasto-

ral Obrera. Y tu estatura creció sin límites cuando diste vida, frente a tanta muerte, al Comité Pro Paz, que se transformaría en la Vicaría de la Solidaridad, un regazo ante tanto dolor, ante tanta desolación, ante tanta orfandad.

Pero, como dijimos, eras producto de la historia, de la historia de tu Chile amado, con la particularidad de que eras un producto con visiones a largo plazo y con acciones concretas e inmediatas.

Y ese amor, querido cardenal, es reconocido, como se dice en tu mundo popular, por moros y cristianos, con excepción, claro está, de los enemigos del amor.

Sin lugar a dudas, cardenal, como en la parábola del sembrador, tu semilla ha caído en buena tierra. Pero no todo depende de la calidad de la semilla; lo principal es la capacidad del que siembra y del que cosecha. Y tu capacidad de siembra y cosecha sigue siendo un ejemplo para todos y cada uno de nosotros. Porque, en definitiva, cardenal, todo aquello que se cuida, que se protege, que se defiende, crece firme, crece sano, crece fértil, para reproducir el ciclo de la nueva siembra.

Porque tampoco es buen pastor aquel que reúne y mantiene el rebaño, sino aquel que lo guía hacia mejores pastos, hacia aguas más frescas y es capaz de identificar a cada uno de sus miembros.

Y tú, cardenal, sin posibilidad alguna de equivocación, sigues siendo un gran sembrador y un gran pastor de este pueblo al que tanto amas, porque así lo dejaste escrito en tu testamento espiritual: *“Mi palabra es una palabra de amor a Chile. He amado intensamente a mi país. Es un país hermoso en su geografía y en su historia. Hermoso por sus montañas y sus mares, pero mucho más hermoso por su gente. El pueblo chileno es un pueblo muy noble, muy generoso y muy leal”*.

Siguen resonando en nuestros oídos, ahora más fuerte que nunca, querido Raúl Silva Henríquez, querido cardenal del pueblo, querido cardenal rojo, las voces de quienes sigues protegiendo, ahora multiplicadas por miles: “Raúl, amigo, el pueblo está contigo”.

He dicho.

Intervención del senador Sr. Ignacio Pérez Walker (RN)

Senador por la 3ª Circunscripción Senatorial, Atacama

ACTO DE HOMENAJE REALIZADO EN MEMORIA DEL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ EN EL SENADO DE LA REPÚBLICA

Martes 11 de mayo 1999.

En nombre del Comité Renovación Nacional e Independiente, tengo el honor de adherir al solemne y merecido homenaje que nuestra Corporación rinde hoy al recordado cardenal don Raúl Silva Henríquez, recientemente fallecido.

La obra de tan ilustre prelado es bastante conocida en Chile y en el extranjero, por una trayectoria brillante que recorre parte importante de las páginas de la historia de las últimas décadas de nuestro país.

Por ello, hoy, más que referirme a su biografía y a sus innumerables obras en los campos pastoral, académico y educacional, ya reseñadas por los senadores que me han precedido en el uso de la palabra, quiero destacar el ejemplo de vida de quien es reconocido como uno de los actores principales de la historia del presente siglo.

Creo que cuando un hombre, como el cardenal Raúl Silva Henríquez, ha dejado una huella tan profunda, es justo escudriñar en su vida y en su obra los mensajes trascendentes, los ejemplos, las lecciones que emanan desde las existencias superiores como la suya, para que cuando las obras materiales ya no estén, permanezcan en la conciencia de los pueblos los principios eternos forjados en una vida ejemplar.

La personalidad y la vida del cardenal Raúl Silva Henríquez exceden ampliamente la de una autoridad eclesiástica corriente. Ciertamente rendimos hoy homenaje al pastor de la Iglesia, en cuyo carácter su vida y su obra, de por sí, están

llenas de motivos para muchos homenajes como el presente, por la inmensa trascendencia de sus acciones que iluminaron y acogieron a generaciones de hombres y mujeres de Chile. Pero, además, rendimos homenaje al hombre público, al hombre de Estado, porque la proyección de su obra y su vida, indudablemente, lo llevaron a esa posición, además de la de pastor.

El interés público no solo puede ser servido desde la actividad política o los cargos que la institucionalidad del Estado contempla, sino también desde las más variadas posiciones, a condición de que se preste, por la importancia y trascendencia de las obras, un aporte sustancial al desarrollo material o espiritual de la sociedad.

El cardenal Silva se eleva en la historia de las últimas décadas como un servidor público que, más allá de su labor pastoral, se erigió en líder moral, asumiendo el papel de orientar, conducir y preservar los valores que consideró esenciales al patrimonio espiritual de Chile durante momentos difíciles de nuestra historia. Su espíritu superior le permitió visualizar, en tiempos de confusión, los acontecimientos que sobrevendrían, e intentar dar una orientación para evitar sus dolorosas consecuencias. ¿Qué hubiera pasado si al principio de los años 70, antes del quiebre institucional, su palabra hubiera sido escuchada?

Con su vida ofreció un modelo vivo de cumplimiento del deber, aun en las más difíciles circunstancias, defendiendo los principios y valores en los que creía y buscando incansablemente la paz y la concordia que hicieran posible alcanzar el bien común que siempre anheló para nuestra patria, inspirado por un profundo amor a Dios, a Chile y a su pueblo. Cumplió con creces el mandato evangélico de estar al lado de los pobres, de los afligidos, de los perseguidos, de los enfermos, de los que sufren.

Hace pocos días oímos en la Catedral de Santiago su testamento espiritual. En él, resume sus esperanzas para Chile y los chilenos. Sus palabras traslucen una incommovible fe en las personas, en su dignidad natural y en sus derechos fundamentales; su fe en la patria, en su historia y en sus tradiciones, en su capacidad de ofrecer caminos de auténtico progreso y unidad, y sobre todo, su inmensa fe en Dios.

Su última palabra es una palabra de amor a todos, “a los que me quisieron y a los que no me comprendieron” –dice–. No hay rencor; solo palabras de amor para ofrecer y pedir perdón.

Cuán poderoso ejemplo nos deja en una época en que el mundo entero se ha debatido en medio de contradicciones, engaños, violencia, guerras y desesperación; en un mundo en donde el progreso material, a veces, hace más difícil la sobrevivencia del espíritu, en el que muchos creen ver una profunda crisis moral, en la cual las fuerzas espirituales encuentran cada vez mayores obstáculos para manifestarse y prevalecer.

En medio de esta adversidad surgen figuras como la del cardenal Raúl Silva Henríquez. Como un dique levantado sobre la grandeza de la fe, la convicción y el amor a sus semejantes, nos abren el espacio para construir una sociedad más unida, donde la valoración de la trascendencia espiritual del hombre permita alcanzar una sociedad más justa y humana.

Monseñor Silva Henríquez fue uno de aquellos hombres que marcan el camino del bien y nos revelan los principios y valores que, por provenir de la naturaleza humana, se ubican por sobre cualquier otra prioridad. Monseñor Silva pertenece a una época en que el episcopado chileno tuvo una gravitación importante en el país, en el CELAM y en el Concilio Vaticano II, junto a prelados como los obispos Manuel Larrain, Francisco Valdés Subercaseaux, Bernardino Piñera, José Manuel Santos y Francisco Fresno, entre otros.

Tal vez sea aún temprano para apreciar en su real magnitud el ejemplo, la huella y la enseñanza que nos deja don Raúl.

Vivimos tiempos difíciles. Aún no podemos encontrar la unidad entre los chilenos como hermanos, miembros de una misma familia. Se nos impone el regreso de los conflictos del pasado que nos impiden alcanzar la unidad que merecemos y anhelamos, pero confiamos en que seremos capaces de remover los obstáculos y enfrentar el porvenir como una nación reconciliada.

En ello, el ejemplo de monseñor Silva Henríquez cobra una nueva dimensión. Para honrarlo, debemos ser capaces de liderar la búsqueda de la paz y la concordia en nuestra patria, movidos por la profundidad de su legado, asumiendo cada uno

sin restricciones las responsabilidades que en dicho esfuerzo le asisten.

Pastor, educador y generoso de alma, monseñor Silva Henríquez es una figura de nuestro siglo. Vivió tiempos difíciles que sobrellevó con la fuerza de su fe y la inquebrantable voluntad de su carácter. Se ganó un legítimo lugar en nuestra historia, el aprecio de grandes sectores de la ciudadanía y el agradecimiento de un pueblo que lloró su partida como un último tributo de cariño inmenso.

Protagonista de primer orden en un siglo de cambios, contradicciones y conflictos, marcó rumbos para superar las dificultades y ofreció siempre una mano conciliadora para evitar la pugna entre los chilenos, porque a todos los consideraba sus hermanos. Si hubo dolor, siempre estuvo por el que sufría, sin importarle su bando.

Pasarán los años y llegará el momento en que un país unido rendirá un nuevo homenaje al hombre que entregó todas las fuerzas de su cuerpo y de su espíritu para servir a Dios, a su patria y a su pueblo. Ese será quizás el mejor homenaje: ofrecerle un país reconciliado a quien lo dio todo por evitar las divisiones entre los chilenos y el sufrimiento de su pueblo.

He dicho.

Intervención de la diputada Sra. Carolina Tohá Morales (PPD)

Diputada por Santiago

SESIÓN DE HOMENAJE AL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ EN EL CENTENARIO DE SU NATALICIO.

Cámara de Diputados, miércoles 20 de junio 2007.

Es un gran honor para mí participar en este homenaje al cardenal Raúl Silva Henríquez en nombre de las bancadas de diputados del Partido por la Democracia y del Partido Radical.

El cardenal Raúl Silva Henríquez fue un hombre que pasó por la vida causándonos incomodidades, venciendo inercias y lugares comunes. No era un curita dulce y comprensivo. Era un sacerdote firme; algunos lo consideraron huraño, pero tenía una sonrisa conmovedora y conmovida.

Conmovida con los dilemas de su época, con las posibilidades que se abrieron para los más humildes y con las que se cerraron; conmovida con esa alma de Chile de la que él habló y fue capaz de sentir sus latidos cuando todo era confusión y oscurantismo.

Conmovida con los niños y los jóvenes a los que tanto se dedicó. Primero, como educador, una de las tareas a las que estuvo abocado durante toda su vida, especialmente, en la primera mitad de su sacerdocio. Fue profesor y director de colegios, fundador de la Federación de Colegios Particulares Secundarios (Fide), promotor de la capacitación de los trabajadores. En honor a esa labor como educador, hoy una universidad lleva su nombre.

Pero, también, fue un firme defensor de la juventud, de las distintas juventudes de varias generaciones que acompañaron sus largos años como sacerdote, obispo y cardenal.

Entendió y acogió a los jóvenes de los 60, con su entusiasmo reformista y su vocación por el cambio social. A veces,

también peleó con ellos, pero siempre desde la legitimación de sus sueños.

Defendió como un león el derecho a pensar y a expresarse de los jóvenes de los 70 y de los 80, y buscó protegerlos de la represión y la persecución de esos años.

Y, en los 90, ya al final de su vida, cuando se puso de moda decir que los jóvenes “no estaban ni ahí”, insistió en la importancia de considerarlos. Para él, el entusiasmo de la juventud era un motor señero de la historia, de todas las historias. Por eso, repitió tantas veces que era necesario entender a los jóvenes, conversar con ellos, escucharlos, no juzgarlos tanto, no exaltar siempre sus defectos, sino ver sus virtudes, las nuevas virtudes que cada generación aporta una y otra vez a la historia.

Se conmovió también con los trabajadores, con los campesinos, con los pobres. Fue un impulsor anticipado de la reforma agraria y repartió tempranamente entre los inquilinos varios de los fundos que poseía la Iglesia mucho antes que la ley se lo impusiera.

Como director de Caritas Chile se transformó en un actor activo y eficiente, promoviendo los pequeños emprendimientos, el acceso a la vivienda, buscando siempre la dignificación de los pobres y no su dependencia paternalista.

En su testamento espiritual, la pobreza y la marginalidad fueron su principal preocupación. Le indignaba la injusticia social y no lo disimulaba.

El Chile del que él hablaba, el que tanto amaba y al que dedicó su vida era el país de todos los días; el de la gente común, el de las noblezas más sobrias y sutiles de los chilenos. El alma de Chile a la que él se refería no tenía que ver con grandes triunfos o derrotas, con éxitos o con catástrofes, tenía que ver con la identidad que ha forjado nuestro pueblo a través de su historia, identidad que se las arregla para aflorar en las condiciones más adversas y enrielar siempre a nuestro país en el camino de sus valores más profundos.

En los homenajes, siempre encontramos cosas que elogiar de los homenajeados, y muchas veces terminamos deslándolos de sus aspectos más interesantes. El cardenal Raúl Silva Henríquez no se presta para eso. Él nos incomodó a todos en algún momento.

Incomodó cuando manejó Caritas Chile con un audaz estilo de gestión, y fue acusado de actuar más como gerente que como sacerdote.

Incomodó cuando legitimó la reforma agraria y dejó sin respaldo las aprensiones e intereses de los grandes agricultores.

Incomodó su ecumenismo en una época en que nadie aún lo había impulsado en Chile ni entendía bien lo que era.

Incomodó cuando dejó sin fundamento los discursos antieclesiales, que planteaban que la Iglesia solo defendía a los poderosos.

Incomodó cuando avaló la reforma universitaria y también cuando confrontó a los dirigentes estudiantiles que se tomaron la Catedral.

Incomodó durante la Unidad Popular, buscando un diálogo cuando todos querían solo pelear; tendiendo puentes, cuando lo único que valía era cortarlos y reafirmar la propia identidad.

Y durante la dictadura incomodó de nuevo.

Junto a moros y cristianos formó el Comité Pro Paz, donde evangélicos, judíos, musulmanes, ortodoxos y católicos se unieron para defender los derechos humanos. De ahí surgió después la Vicaría de la Solidaridad.

Tendió una mano, alzó su voz, desafió amenazas y críticas para defender a los perseguidos durante la dictadura de Pinochet.

Con ello, incomodó, por cierto, al gobierno de la época, pero nos incomodó también a nosotros, los que fuimos acogidos por su solidaridad. En medio de la oscuridad y los dolores de aquellos años, no sabíamos qué hacer ante tanta generosidad. La ayuda vino de donde no la esperábamos, de donde no teníamos cómo agradecerla, de donde muchos sentíamos no pertenecer.

En nombre de tantos que fuimos acogidos por la labor solidaria de la Iglesia Católica, tantos que pertenecemos a corrientes de pensamiento laico, que no somos creyentes, quiero agradecer humildemente la labor de la Iglesia en defensa de los derechos humanos. Agradecer su generosidad y valentía. Agradecer al cardenal Raúl Silva Henríquez por encabezar esa la-

bor, no solo porque salvó vidas, denunció abusos, dio voz a los censurados y validó el dolor de los familiares de detenidos desaparecidos.

No solo por eso.

También dar las gracias por haber encendido una esperanza en medio de esos años tan difíciles. Para muchos, los gestos de la Iglesia en defensa de los derechos humanos nos permitieron recuperar la fe en el ser humano, en su capacidad de bondad y compasión.

Esa Iglesia que no nos preguntó nuestro credo antes de defendernos, esa Iglesia que enfrentó ataques y hostilidades pudiendo evitarlas quedándose en un rol formal y anodino.

Yo, y muchos de mi generación, tuvimos nuestras primeras reuniones políticas en un local de Iglesia; realizamos nuestros primeros eventos culturales, donde la palabra libertad podía ser nombrada en un local de Iglesia; participamos en decenas de jornadas de formación política en locales de Iglesia. Y era a un local de Iglesia donde recurriamos si a un amigo o a un familiar lo tomaban preso o desaparecía.

Y eso, que fue obra de muchos, estuvo encabezado por el cardenal Raúl Silva Henríquez.

No puedo dejar de recordar aquí la actitud que tuvo el cardenal con motivo de la muerte de mi padre, José Tohá, acaecida seis meses después del golpe de Estado.

En esa ocasión, ofreció officiar la misa fúnebre en la Catedral de Santiago, dadas las funciones de Estado que mi padre había desempeñado. Ante esto, recibió un llamado de atención del gobierno a través del general Arellano Stark, exigiéndole que se desistiera porque no correspondía despedir con una misa a un ateo que, además, era suicida, pues esa era la versión oficial de la causa de su muerte.

Ante esto, el cardenal insistió en que haría la misa de todas maneras, y ofrecería la capilla de su propia casa para officiarla, y dijo: "A mí no me consta realmente que José Tohá sea un suicida y, si lo fuera, hay suicidas y suicidas".

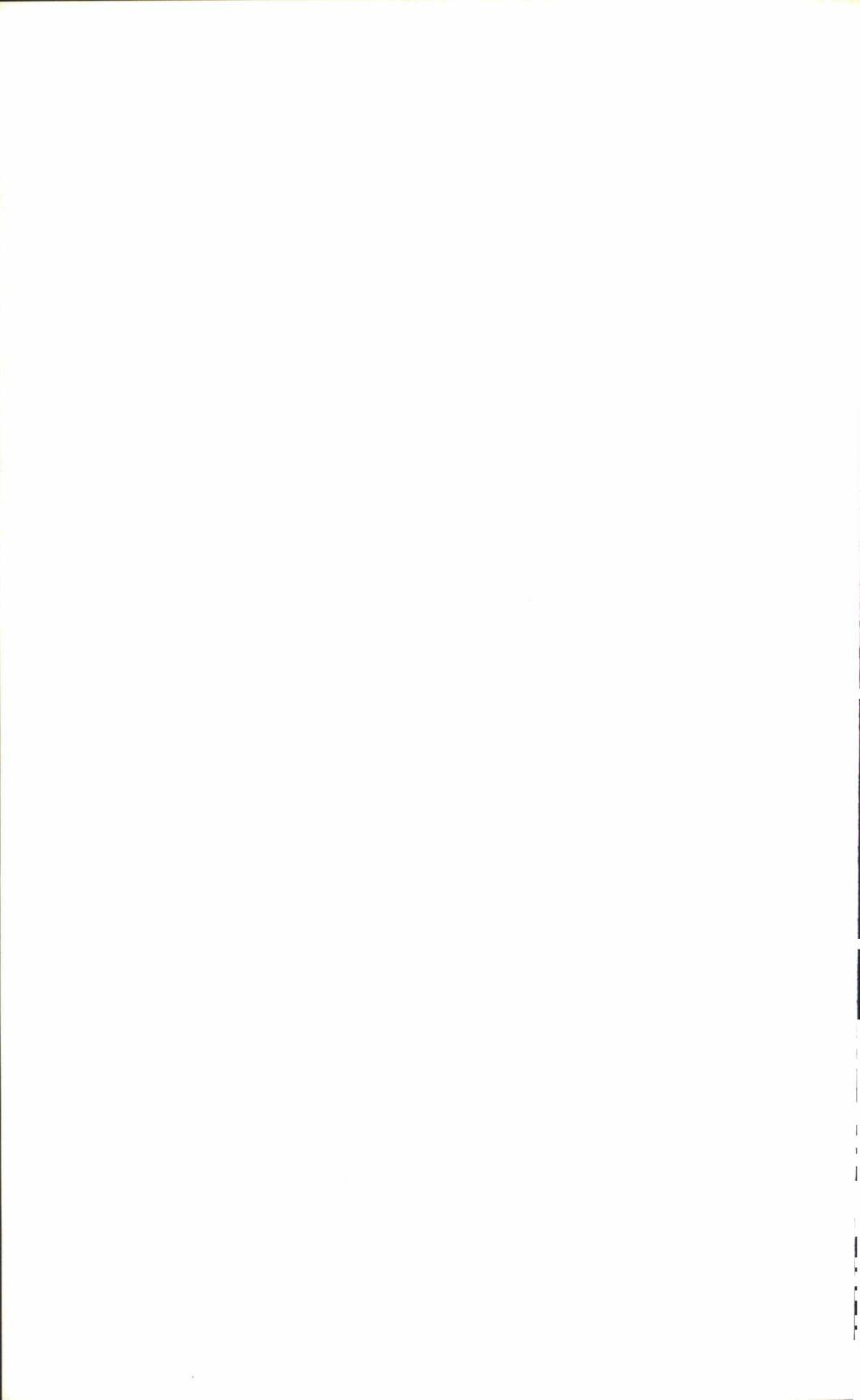
Chile le debe demasiado al cardenal Raúl Silva Henríquez, no solo por lo que hizo y dio, sino por lo que nos enseñó de nosotros mismos.

Le debemos agradecer a su familia, a la Congregación Salesiana y a la Iglesia Católica, por haberle permitido alcanzar las altas responsabilidades que desempeñó.

Fue el segundo arzobispo de Santiago que más años se mantuvo en ese cargo en nuestra historia, desde 1961 hasta 1983. Años intensos, tórridos, dramáticos a veces, hermosos también. En medio de la vorágine de esos años, era fácil perder el rumbo; muchos lo hicieron, él no.

Quizás por eso no era complaciente y a veces podía parecer huraño; sabía que lo correcto podía estar extraviado más allá de lo que se veía a primera vista, más allá de los convencionalismos, más allá de la tradición.

Su dureza fue muchas veces necesaria, pero también fue necesaria su dulzura, su voz profunda, su sonrisa generosa. Los héroes de la patria no son solo guerreros y gobernantes. Y este hombre, este sacerdote salesiano, obispo y cardenal, debe estar en este selecto grupo, para que nunca olvidemos lo que hizo por Chile y lo que Chile descubrió de sí mismo gracias a él.



Intervención del diputado Sr. Esteban Valenzuela Van Treeck (Independiente)

Distrito 32, VI Región del Libertador Bernardo O'Higgins

SESIÓN DE HOMENAJE AL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ EN EL CENTENARIO DE SU NATALICIO.

Cámara de Diputados, miércoles 20 de junio 2007.

Señor presidente, estimados miembros de la Iglesia y amigos del cardenal Silva Henríquez.

Hay muchas razones para hablar del cardenal. Cómo no recordar cuando, en 1971, después de que el Congreso Nacional aprobara por unanimidad el proyecto de ley que nacionalizó el cobre, el cardenal Silva Henríquez acompañó a Salvador Allende a promulgar esa ley en la plaza de Rancagua. O como ex dirigente estudiantil de la Universidad Católica, donde padecemos la contradicción del pago de Chile.

El cardenal, que había apoyado no solo la participación estudiantil sino la modernización de la Universidad Católica, ya que fue un hombre de su época que miró el mundo, que conoció las universidades modernas, que no solo enseñaban asignaturas profesionales estáticas.

Fue parte del Concilio Vaticano, de una Iglesia y de una fe que dialogaba con el mundo.

En 1982, un grupo de estudiantes fuimos a invitarlo a hablar a la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica de Chile, pero el cardenal Silva Henríquez no obtuvo permiso para hablar en esa oportunidad. Por eso, hablamos en nombre de la generación de la pastoral juvenil.

El cardenal Raúl Silva Henríquez formó una generación distinta, casi al borde de la locura. En el país de la uniformidad, en la época de la descalificación, junto a Tomás Connelly, Miguel Ortega y tantos otros, promovía el debate, el diálogo.

En la época carente de elecciones, las promovía en las distintas pastorales juveniles a lo largo de Chile.

En época de legitimación de la violencia, el cardenal era claro y duro para promover la no violencia activa, no hacer el juego a la violencia y, como él decía y le gustaba cantar junto a los jóvenes: jóvenes, Cristo, jóvenes, necesita el mundo de hoy, que silencien la metralla, venga de donde venga.

Al lenguaje de las armas, anteponía el del amor y de la paz; el reconocimiento del otro. Como dijo la diputada Carolina Tohá, frente a la trivialidad del país ideal, de los medios de comunicación oficiales de la época, el cardenal mandaba jóvenes a repartir la ayuda de Caritas y de distintas organizaciones internacionales a los diversos campamentos y poblaciones del cuarenta por ciento del Chile de pobreza que conocimos.

El cardenal llevó a su Iglesia el documento de Puebla, con su opción por los pobres y por los jóvenes.

Hay un secreto semihistórico que es bueno recordar. En 1986, año de enfrentamiento, de atentados, de venganza por atentados, de oscuridad, un grupo de dirigentes juveniles de diversos partidos políticos fuimos a visitar al cardenal –entre los que estaba Alejandro Goic– para decirle que necesitábamos un candidato presidencial.

El cardenal se ríe. Ya no era arzobispo de Santiago y vivía en una modesta casa en Avenida Grecia, cerca del Estadio Nacional. Nos dice que los partidos deben ponerse de acuerdo. Agrega: “Les agradezco mucho, jóvenes, pero mi único partido es Chile, mi único instrumento es la Iglesia, mi compromiso es ese”. Los políticos deberán cumplir su rol.

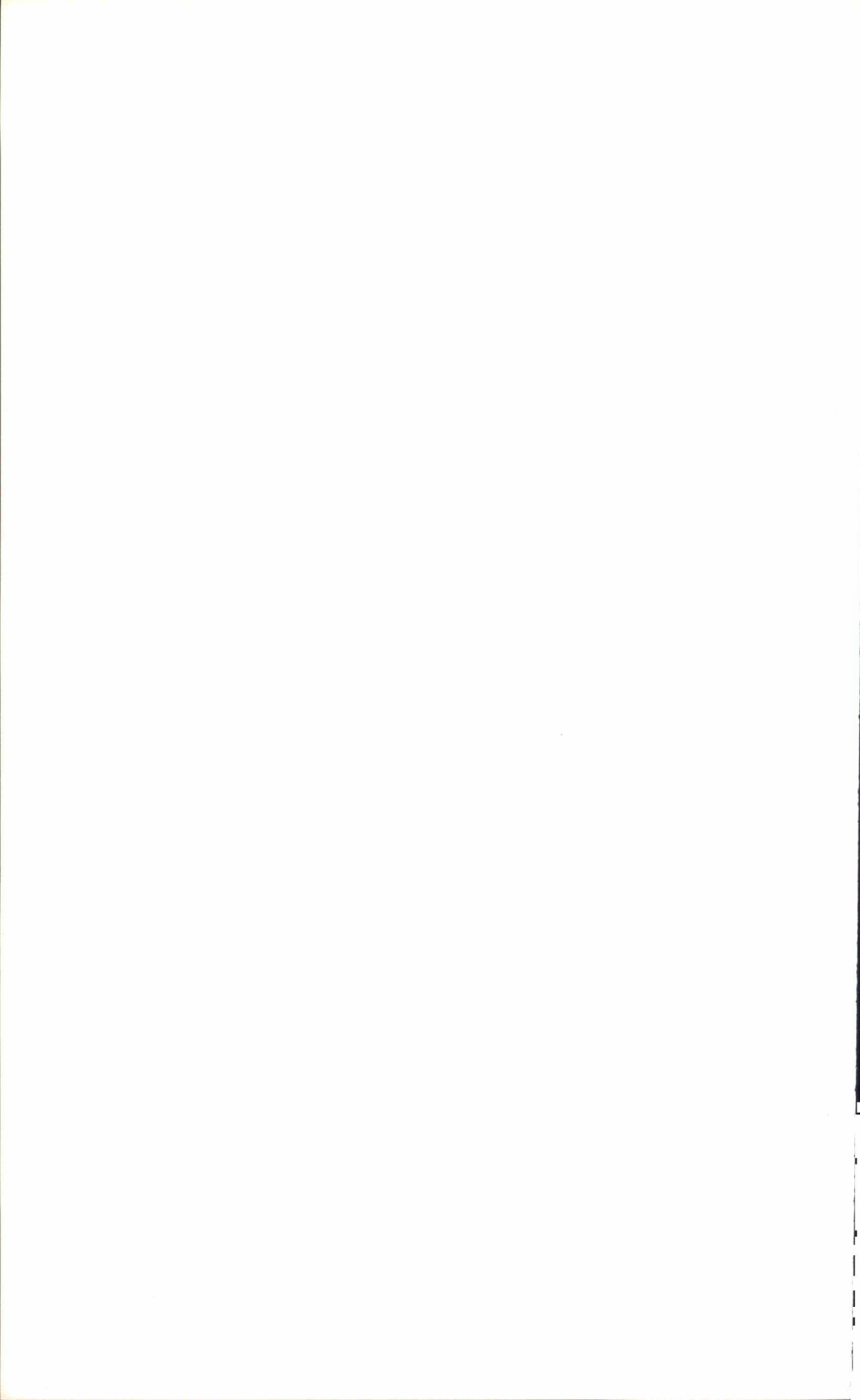
El cardenal también aconsejó a muchos en momentos de violencia. Reiteraba, una y otra vez: “el templo vivo de Dios es el hombre y la mujer que están siendo torturados, desaparecidos, encarcelados, no importa su color político”. Lo reiteró una y otra vez. Y escuchaba a *Kairos*, grupo cuyo nombre significa tiempo de espera, con aquella canción que rezaba:

“...Allá van como Pilatos,
van lavándose las manos,
cargando su indiferencia
y creen que no hacen daño...”.

Ese fue el cardenal, que cuando se despidió como autoridad de la Iglesia, leyó un poema de Esteban Gumucio, llamado "La Iglesia que yo quiero", recordando luces y sombras de esta fe encarnada, que él mismo vivió hasta la radicalidad.

Muchos chilenos creemos que el cardenal Raúl Silva Henríquez es un santo varón de Chile y que sigue cuidando nuestra patria. Los de la generación de la pastoral juvenil le decimos: don Raúl, cardenal, santo de Chile, mil veces gracias.

He dicho.



Intervención del senador
Sr. Andrés Zaldívar Larraín (PDC)
Senador por Santiago Poniente, 7ª Circunscripción
de la Región Metropolitana

ACTO DE HOMENAJE REALIZADO EN MEMORIA DEL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ EN EL SENADO DE LA REPÚBLICA

Martes 11 de mayo 1999.

Con profunda emoción levanto mi voz para rendir, en el Senado de la República, un homenaje agradecido al cardenal arzobispo emérito de Santiago, don Raúl Silva Henríquez.

Con lágrimas de emoción y de gratitud, miles de chilenos salieron a las calles a despedir al cardenal, mientras otros miles de ciudadanos acudían al templo de la Gratitud Nacional y a la Catedral de Santiago para brindarle su último adiós.

¿Qué había en este hombre para que, después de diecisiete años de silencio y de servicio anónimo en la Iglesia, pudiera despertar semejante manifestación de entusiasmo y agradecimiento? ¿Qué tenía el cardenal Raúl Silva Henríquez que caló tan hondamente en el corazón de los chilenos? ¿Por qué salían a las calles niños, jóvenes, trabajadores, hombres y mujeres de tan diferentes condiciones que querían despedirlo con tantas manifestaciones de cariño?

Estoy seguro de que pueden darse muchas respuestas a estas preguntas. Porque era un hombre de múltiples facetas, de muchas obras, pueden darse numerosas explicaciones para comprender su misión y el afecto que conquistó entre la gente.

Ante los obreros, ante los jóvenes, ante los campesinos, ante los niños abandonados, ante los perseguidos, ante sus sacerdotes, ante la familia, ante los chilenos sin educación, sin salud o sin casa, el cardenal siempre usó la imaginación para responder de un modo concreto y eficaz frente a los diversos requerimientos.

El cardenal Raúl Silva amó apasionadamente la verdad, porque fue un testigo de la verdad que viene de Dios. Fue un predicador de la verdad del Evangelio. Como nos decía Juan Pablo II: "El predicador del Evangelio es aquel que, aun a costa de renunciaciones y sacrificios, busca siempre la verdad que debe transmitir a los demás. No vende ni disimula jamás la verdad por agradar a los hombres, por causar asombro, ni por originalidad o deseo de aparentar". ¡Qué bien puede aplicarse esta cita del Papa a nuestro querido cardenal!

Sin lugar a duda, la vida del cardenal se explica por su fe en Jesucristo, su Maestro. Decía: "A Él conocí desde niño. De Él me entusiasmé siendo joven. A Él he buscado servir como sacerdote y como obispo". Y esa es la verdad más honda de su vida.

Pero en este lugar, en el Senado de la República, de entre todas sus virtudes quiero destacar una extraordinariamente importante en la palabra y la acción del cardenal. Puede ser también la exigencia más urgente que hoy día nos hace a todos: su entrañable y apasionado amor por Chile.

El cardenal Raúl Silva Henríquez era un gran patriota, un gran demócrata y un gran chileno, además de ser un gran sacerdote. Como lo destacó Su Excelencia el Presidente de la República en su discurso de despedida al cardenal, era el mejor de los chilenos, el hombre con más visión, con más bondad y con más sabiduría entre nosotros.

En el texto maravilloso que nos dejó como su "Testamento Espiritual", y que el arzobispo de Santiago, don Francisco Javier Errázuriz, nos dio a conocer el día del funeral, él lo declara abiertamente: *"He amado intensamente a mi país. Es un país hermoso en su geografía y en su historia. Hermoso por sus montañas y sus mares, pero mucho más hermoso por su gente. El pueblo chileno es un pueblo muy noble, muy generoso y leal. Se merece lo mejor"*.

El cardenal tenía a Chile en lo hondo de su corazón. Llevaba en su alma la impronta de los campos de Loncomilla. Conocía las aves de Chile, sus árboles; amaba a su gente, gozaba con su cordillera y sus paisajes, sus ríos y playas. Pero de un modo especial amaba a los humildes y a los pobres. Estaba preocupado de todo lo que a ellos acontecía. Todo lo

que ocurriera en el país le interesaba. Nada de lo chileno ni de lo que es humano puede estar lejos de un cristiano.

Este amor a Chile es, para nosotros, su gran lección. Y nos dejó un encargo que no podemos eludir: "A quienes tienen vocación o responsabilidad de servicio público -nos decía- les pido que sirvan a Chile en sus hombres y mujeres con especial dedicación. Cada ciudadano debe dar lo mejor de sí para que Chile nunca pierda su vocación de justicia y libertad".

Este amor a Chile del cardenal Silva Henríquez nos desafía de una manera muy especial. En su "Sueño de Chile" logra expresar lo que de alguna manera es también nuestro sueño, nuestra urgente tarea, nuestro programa y nuestra obsesión. Decía él, y lo hacemos nuestro: "Mi deseo es que en Chile el hombre y la mujer sean respetados. El ser humano es lo más hermoso que Dios ha hecho..."

"Quiero que en mi patria, desde que un ser humano es concebido en el vientre de una mujer hasta que llega a la ancianidad, sea respetado y valorado. De cualquier condición social, de cualquier pensamiento político, de cualquier credo religioso, todos merecen nuestro respeto".

"Quiero que en mi país todos vivan con dignidad. La lucha contra la miseria es una tarea de la cual nadie puede sentirse excluido".

"Quiero que en Chile no haya más miseria para los pobres. Que cada niño tenga una escuela donde estudiar. Que los enfermos puedan acceder fácilmente a la salud. Que cada jefe de hogar tenga un trabajo estable y que le permita alimentar a su familia. Y que cada familia pueda habitar en una casa digna donde pueda reunirse a comer, a jugar y a amarse entrañablemente".

Hago mías total y exactamente las palabras del Presidente de la República cuando le pide perdón al cardenal. Al despedirlo, ante el Palacio de la Moneda, afirmó: "A pesar de la lucidez de sus palabras, nosotros no siempre lo supimos escuchar. A veces lo interpretamos mal y recibió de muchos la crítica injusta por sus actuaciones. Le pedimos perdón porque no supimos cuidar la paz y la sana convivencia de los chilenos y porque no buscamos con afán la verdad y la justicia. Estamos seguros de que como un padre bondadoso él nos

otorgará el perdón, pero no podemos desoír nuevamente su llamado”.

Señores senadores, creo sinceramente que hemos sido testigos de la presencia y del paso de Dios entre nosotros. Y creo también que el más cálido homenaje que podemos rendir a este pastor y profeta, a este amigo de los pobres y de los jóvenes, a este cardenal cuya figura se proyectará al tercer milenio, es recoger con veneración sus palabras, sus enseñanzas, y comprometernos a ponerlas en práctica.

Las preocupaciones del querido cardenal Silva deben ser también nuestras preocupaciones. Su sueño debe ser igualmente el nuestro. Todos aquellos a quienes él quiso debieran ocupar un lugar preferencial en nuestros afectos. ¡Este es al menos mi compromiso!

En lo personal, tengo mucho que agradecer al cardenal Silva Henríquez. Gracias a Dios, disfruté de su amistad. Compartí muchas veces sus ideales. Defendí sus posiciones. Me apoyó con su aliento cuando viví los momentos difíciles de mi exilio. Recibí su consejo y traté de inspirarme en su enseñanza. Él me enseñó a perdonar, a no tener odio ni rencor. Pero lo que hoy me mueve a rendirle este homenaje es su amor al alma de Chile, donde prima la libertad sobre toda forma de opresión, donde prima el orden jurídico sobre toda forma de arbitrariedad, donde prima la fe sobre toda idolatría.

Como senador de la República, creo que todos podemos comprometernos a cuidar esa alma del país, que es su más bello legado, su más hermoso rostro y su mejor tradición.

Gracias a la Iglesia Católica y a sus pastores, cuyos representantes nos hacen compañía hoy, por habernos dado este pastor. Gracias a su familia, a sus hermanas Clementina y Anita, por habernos permitido compartir a don Raúl, como un amigo y formador.

Doy gracias a Dios por habernos entregado como su testigo este pastor que nos permitió y nos permitirá entender que estamos en esta vida al servicio del amor, de la justicia y de la verdad.

He dicho.

Intervención del senador Sr. Enrique Zurita Camps

Senador Institucional

ACTO DE HOMENAJE REALIZADO EN MEMORIA DEL CARDENAL RAÚL SILVA HENRÍQUEZ EN EL SENADO DE LA REPÚBLICA

Martes 11 de mayo 1999.

En representación de los Comités de Senadores Institucionales, rindo homenaje a la memoria del cardenal su eminencia Raúl Silva Henríquez y doy a sus familiares nuestras condolencias y a la Conferencia Episcopal, a la que el cardenal Silva perteneció, nuestra adhesión.

Nace Raúl Silva Henríquez en la primera década del siglo XX y fallece en el último año de este siglo. Es, pues, un hombre del siglo XX, de un siglo que comienza con una guerra en los Balcanes y está concluyendo con otra guerra en los Balcanes. Un siglo que ha presenciado el desarrollo de la ciencia y la tecnología a niveles que superan nuestra capacidad de asombro y, por otra parte, conflictos bélicos y revoluciones que causan la muerte de más de cien millones de personas; represiones políticas y seudorraciales que, junto con el holocausto judío, superan ya no la capacidad de asombro, sino que la capacidad de comprender y de explicarse tamañas aberraciones. Como colofón de todo esto, la Segunda Guerra Mundial concluye cuando se lanzan sobre Hiroshima y Nagasaki artefactos explosivos atómicos que en un relámpago dantesco matan en segundos más de cien mil seres humanos y condenan a muerte futura, por efecto de la radiación, a varios miles de los sobrevivientes.

Mientras todas estas tragedias se desarrollan, Chile, si bien no sufre daños directos, recibe el impacto económico que como efecto de ellas se produce.

A pesar de ello, el país sigue con su desarrollo cultural, social y económico que, aunque lento y con altibajos, continúa avanzando. En este desarrollo, tiene un papel protagónico la Iglesia Católica y, en especial, sus cabezas directivas. Dentro de ella, destacan como hitos decisivos tres arzobispos de Santiago: Crescente Errázuriz, José María Caro y Raúl Silva Henríquez.

Corresponde al arzobispo Crescente Errázuriz consensuar con el Gobierno del presidente Arturo Alessandri Palma, en los años 20, la separación de la Iglesia del Estado, con lo cual la prudencia y la sabiduría del arzobispo Errázuriz y la habilidad política del presidente Alessandri Palma, resuelven en forma armoniosa y no traumática el delicado conflicto.

Al triunfar en octubre de 1938 el presidente Pedro Aguirre Cerda encabezando una alianza política denominada Frente Popular, se produce en algunos segmentos de la población chilena un temor derivado de la situación política mundial de aquella época: nazismo, fascismo, frentes populares en Francia y España, guerra civil en esta última nación, temor en algunos de intolerancias de la Iglesia. Pero los temores no se justificaron y gracias al talento político del presidente Aguirre Cerda y, de nuevo, a la sabiduría ancestral de la Iglesia Católica, representada esta vez por el arzobispo José María Caro, se logra que un gobierno laico mantenga las mejores relaciones con la Iglesia, con resultados tan notables como la celebración en Santiago de un Congreso Eucarístico con un éxito extraordinario.

Como broche de oro a estas relaciones entre el gobierno y la Iglesia, el primero se empeña en conseguir el nombramiento de un cardenal para Chile, y lo logra al nombrar el papa Pío XII al arzobispo de Santiago, José María Caro, como el primer cardenal chileno.

Al fallecimiento del cardenal Caro, asume el Arzobispado de Santiago Raúl Silva Henríquez, que convivió con cuatro Presidentes de Chile, ya que fue nombrado para este cargo en 1961, siendo presidente don Jorge Alessandri Rodríguez. Son años difíciles. Ya empiezan los conflictos juveniles en Europa, que bajo el lema "Prohibido prohibir", protestan contra todos los regímenes.

Poco después de asumir el cargo de arzobispo de Santiago, en 1962, monseñor Silva Henríquez es nombrado cardenal.

Participa en el Concilio Vaticano Segundo, con un desempeño protagónico.

Durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva, con quien lo unía una estrecha amistad, acentúa su labor social, y en aplicación de la ley sobre reforma agraria, venciendo fuerte resistencia, divide las propiedades agrarias de la Iglesia y entrega las hijuelas a sus trabajadores.

Los conflictos políticos de fines del gobierno de Frei Montalva y el triunfo de Salvador Allende empiezan a marcar el nacimiento de la polarización y la intolerancia; ya no servía la prudencia de un Crescente Errázuriz, ni la humildad de un José María Caro, pero sí servía y servirá la energía del cardenal Silva Henríquez, y es así como resuelve los conflictos en la Universidad Católica, reemplazando al rector, y ante una ocupación de la Catedral, impone el castigo más severo: la excomunión, para luego, ante el arrepentimiento de los ocupantes, dejar misericordiosamente sin efecto aquel castigo.

En 1973, el cardenal Silva advierte con preocupación que la polarización y la intolerancia han llegado a extremos tales que hacen pensar en un enfrentamiento fratricida. Ante esto, el cardenal Silva se esfuerza en lograr una solución política que evite aquel enfrentamiento. Desgraciadamente sus esfuerzos no tienen éxito y no se logra el consenso, y ocurren todos los hechos que se desatan el 11 de septiembre de 1973. Ello sume al cardenal en una profunda preocupación por el porvenir de la patria, y desde ese mismo día empieza su actividad por todos aquellos que, a raíz de estos hechos, experimentaban sufrimientos.

Durante el régimen militar organiza instituciones destinadas a proteger a los que en este período sufrían persecución o detenciones. En esta misión fue incomprendido, y al igual que en sus actuaciones en los regímenes anteriores, fue criticado y tildado cada vez de un color político distinto, olvidando que siempre sus actuaciones fueron el fiel desempeño de su labor pastoral.

En las postrimerías del régimen militar, por haber cumplido 75 años de edad, debió presentar la renuncia al cargo de cardenal arzobispo de Santiago, renuncia que el Papa le aceptó. Años después, y cuando empieza a decaer su salud, el

cardenal Silva redacta su testamento espiritual, el que ordena mantener en reserva y solo darlo a conocer después de su muerte.

Producido su fallecimiento, hemos conocido el referido testamento, y todo él es una oración al amor al prójimo y una petición a todos los chilenos para que amen al prójimo. Este testamento es un llamado a la reconciliación que todos debemos obedecer.

Podría sintetizarse el texto de ese testamento espiritual del cardenal Silva Henríquez en la unión de las palabras de Arturo Alessandri Palma y las de Juan Pablo II:

El odio nada engendra; el amor es más fuerte.

He dicho.